

Tú eres mi
primavera
eterna

Alexis
Rain



Tú eres mi primavera eterna

Alexis Rain

Contenido

[Capítulo 1](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 2](#)

[\(Liam\)](#)

[Capítulo 3](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 4](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 5](#)

[\(Liam\)](#)

[Capítulo 6](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 7](#)

[\(Liam\)](#)

[Capítulo 8](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 9](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 10](#)

[\(Liam\)](#)

[Capítulo 11](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 12](#)

[\(Liam\)](#)

[Capítulo 13](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 14](#)

[\(Liam\)](#)

Capítulo 15

(Sakura)

Capítulo 16

(Liam)

Capítulo 1

(Sakura)

El mismo aroma de todos los días penetraba por mi nariz, un agradable olor a café italiano y tostadas medio chamuscadas. La distribución perfecta de la mesa, intentaba dar esa impresión de calidez familiar que tanto se afanaba mi padre por conseguir de forma casi utópica. En cierta manera valoraba sus esfuerzos, pero por mucho que se esforzase nunca lograba esa escena, sino todo lo contrario. Al menos la temperatura del café templaba la frialdad de un nuevo día de rutina, o eso pensaba yo...

Miré el reloj y casi me atraganté con la tostada.

Otra vez me había quedado inmersa en mis pensamientos.

—Cojonudo, vuelvo a llegar tarde —dije refunfuñando, al tiempo que echaba mano al bolso para salir pitando en dirección a la estación.

Siempre he pensado en lo complicado que le resultaría a un extranjero acostumbrarse al bullicio de Tokio. En hora punta todo lo que alcanza la vista son personas esperando el metro y resulta agobiante. Al menos las mujeres disfrutábamos de vagones aparte. Nada más entrar en el mío, escuché los murmullos de las demás que iban en el vagón.

Pero algo llamó mi atención. Mi mirada chocó con un pecho que sin ninguna duda no pertenecía al de una mujer. Incliné la cabeza hacia atrás más de lo que debería para poder ver su rostro y sí, confirmé mis sospechas. No era una mujer, ni siquiera era japonés ¿Qué coño hacía allí? ¿Era estúpido? ¿No sabía que el vagón era exclusivo para chicas? Esa situación anómala me sacó de mi rutina. Intenté mover los músculos de mi mano para llamar su atención, pero en ese instante me fijé más detenidamente en su mirada. Ese tipo tenía la mirada perdida como si no supiese ni en qué mundo vivía, pero a

la vez sus ojos azules y profundos parecían un océano en calma. En mi cabeza ya no rondaba la pregunta “¿era estúpido?”, sino: “¿Quién era ese estúpido que me hacía sentir tan diminuta y nerviosa?”

Seguí observándole como una niña frente a un escaparate de una tienda de chucherías decidiendo cuál elegir, pero en ese caso fijándome en cada uno de sus atributos. Su melena rubia tan exótica en estas tierras, pero a la vez con cierta carencia en el uso del champú, esa mandíbula afilada boquiabierta que dejaba adivinar una dentadura blanca y brillante que irradiaba luz propia, como si de una luciérnaga en medio de la noche se tratase. Su camiseta de tirantes mal planchada dejaba al desnudo unos hombros firmes y sostenía en la mano una imponente cámara fotográfica.

Apreté el puño, hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales, pero esa sensación de embriaguez fue derrotada por mi sentido común de reprocharle su presencia en este vagón.

—Perdona, creo que no estás en el lugar adecuado —dije con cierto tono de inseguridad, mientras le señalaba el cartel de *solo mujeres*.

Hubo unos segundos de silencio en los que se contrajeron todos los músculos de su cara, sin duda no era el rostro del que me había quedado prendada hacía unos instantes. No pude evitar poner una sonrisa maliciosa.

—No entender que decir. —Medio gritó gesticulando con las manos en posición de negar y salió por la puerta que en ese momento se abría al llegar a la estación de Kamakura.

—Qué chico tan peculiar... —dije en voz baja al ver su espalda alejarse entre la multitud, sin duda me había provocado una sonrisa de buena mañana.

Capítulo 2

(Liam)

—¿Qué hago levantándome a las cinco de la mañana? —dije medio bostezando mientras apagaba el despertador e intentaba abrir mis legañosos ojos.

Es verdad, ayer mi jefe me dijo que debía pasar más temprano de lo habitual por la oficina. Se supone que debo entrar a las nueve y salir a las seis, pero nunca se cumple este horario y aunque haga horas extras no te las pagan. Esta es una de las cosas que más odio de este país, explotar a tus empleados está bien visto, es más, es casi obligatorio y nadie se queja.

Me lavo la cara y me pongo lo primero cómodo que veo, ni siquiera desayuno, ¿para qué? De camino a la estación hay mil tiendas donde comprar algo, además no me gusta estar mucho tiempo en este pequeño y solitario piso de las afueras de Tokio, no sé cómo pueden vivir los japoneses en sitios tan minúsculos, un baño en el que apenas cabe mi cuerpo de más de metro noventa, una cocina con solo dos fogones y una sala de estar donde solo hay espacio para una mesa y un sofá-cama.

Cojo la cámara y salgo apresuradamente hacia la estación, esta ciudad es inmensa y hasta la última parada tardo más de una hora en tren. Al menos hoy puedo esquivar la hora punta y viajar tranquilo, algo bueno tenía que tener madrugar tanto, ¿no?

En el vagón solo van tres señores mayores, imagino que igual de afortunados que yo. Todos los días son lo mismo, nada más entrar la gente se me queda mirando, como si de un extraterrestre se tratase, no conciben que un extranjero como yo, pueda estar dirigiéndose a trabajar igual que ellos...

—*Sorry, this is the last station.* —me dice un revisor en inglés con voz

temblorosa, y un acento pésimo.

Me he quedado dormido con el traqueteo del tren y parece ser que he llegado a mi destino.

—Muchas gracias por avisarme y disculpe las molestias —le contesto en perfecto japonés, con un tono algo burlesco.

El hombre se sorprende y yo me marcho riéndome para mis adentros, por mi apariencia siempre me tratan como un turista más, cosa de la que en ciertos momentos me aprovecho, pero también disfrutaba descolocarlos de esa manera.

Por fin llego a la oficina, y ahí está mi jefe sentado en su mesa comiendo unos donuts recién horneados, alimentando su ya de por sí prominente barriga. Parecía que este hombre viviese ahí, se rumorea que está casado, pero siempre era el primero en llegar y el último en irse, aunque realmente lo único que hacía en todo el día era comer y dar órdenes.

—Buenos días *Lim*, ¿has dormido bien? —me preguntó en tono irónico, pues sabe de sobra que no.

Llevaba seis años trabajando para ese sujeto, casi íntegramente el tiempo que residía en Japón, y aun así era incapaz de recordar mi nombre. Aún no se si lo hacía a propósito o si realmente era tan irrelevante para él.

—Habría dormido mejor si entrase a la hora que me toca ¿Así que a qué lugar tan importante me va a mandar para hacerme madrugar tanto, jefe? —le respondí desafiante.

—No eres el único que ha entrado antes, pero si el único que se queja, —el enfado se hacía visible en su cara—no te habría llamado si hubiese alguien mejor que tu disponible. Tienes que ir a la reserva natural de Kamakura, han recibido una pareja de pandas rojos de otro parque y tienes que documentar su transición de la reserva al zoológico de Tokio, por eso necesito que estés a primera hora.

— ¿Otra vez jefe? Le dije que dejase de mandarme a fotografiar cosas tan simples, hasta un niño podría hacerlo.

— ¡Tú sólo cállate y haz lo que te digo! —me gritó violentamente—sabes muy bien que no estás en posición de exigirme, sólo estás aquí porque mis superiores pensaron que daría prestigio a la revista tener un nombre extranjero en las fotografías.

—Tiene razón, perdone mi insolencia...—me despedí amablemente de él, aunque por dentro pensaba todo lo contrario, y me dirigí de nuevo a la estación.

Esa conversación me dejó tocado. Tenía razón, sólo estaba ahí para cumplir con los planes de alguien por encima de mí, eso me cayó como un jarro de agua fría y ya eran varios desde que llegué. Vine a este país huyendo precisamente de esta misma situación y aun así se repite la misma historia.

En el subterráneo, me di de bruces con otro contratiempo, estaba tan absorto con las palabras de mi superior que me había olvidado de la hora punta, lo único bueno que me había pasado esa mañana se acababa de esfumar, ahora me tocaba estar una hora apretado en un minúsculo cubículo de metal como si de una sardina enlatada se tratase. Llevaba un tiempo planteándomelo, pero visto lo visto nada bueno vendría de quedarme más tiempo en este país. De todas formas, no había conseguido nada que me atase aquí, en estos seis años solo había podido hacer un buen amigo y mi carrera no avanzaba.

<<Creo que disfrutaré de mi última primavera y me iré, así al menos me llevaré el recuerdo de los cerezos en flor, mágicos en esta época.>>

—Perdona, creo que no estás en el lugar adecuado. —dijo una voz dulce y temblorosa.

Tardé unos segundos en volver de mis pensamientos y bajé la mirada para poder ver a la pequeña mujer que me dirigía esas palabras, me estaba

mirando fijamente y me volví a perder, esa vez en sus ojos color avellana ligeramente rasgados, que nada tenían que ver con el prototipo de mujer asiática, estos eran atractivos y profundos. Seguí recorriendo su rostro, sin ninguna impureza visible en su blanca piel, y me detuve otra vez en sus pequeños y sensuales labios rojizos.

Decidí bajar más aún la mirada para seguir contemplando atónito cada rincón de su cuerpo cuando me percaté de que está señalando algo. ¡Oh, no! Había perdido tanto la noción que me metí sin querer en el vagón exclusivo para mujeres, seguro que a sus ojos me veía como un rarito.

— No entender que decir. —dije medio gritando por el sobresalto al tiempo que negaba con los brazos y salí por la puerta que en ese momento se abría al llegar a la estación de Kamakura.

En momentos como ese sí que venía bien ser extranjero... aun así salí apresuradamente del subsuelo por la primera salida de las tantas que hay y me alejé un poco de la estación por la vergüenza de volverme a cruzar con ella. Cuando me calmé y miré a mi alrededor para situarme, me di cuenta de que no reconocía ninguna de estas calles. Me había perdido.

Al cabo de un rato de seguir las indicaciones de los lugareños. Por fin llegué a la verja que delimitaba el fin de la reserva, toqué al pequeño telefonillo al lado de la puerta y esperando la respuesta se volvió a cruzar en mis pensamientos la imagen de aquella mujer.

—Buenos días, ¿qué le trae por aquí?

—Buenas, soy el fotógrafo de Tokio News; deberían haber recibido un e-mail diciéndoles que vendría hoy.

—Ah claro, te abro la verja. No hace falta que pases por la oficina; Sakura, la veterinaria a cargo, te está esperando en la jaula del final.

—Muchas gracias. —le respondí amablemente.

Conforme me acercaba a la jaula oía cada vez más claras las risas de la

veterinaria jugueteando con los animalillos. Antes de hablar me detuve un momento justo detrás a contemplar aquella escena por miedo a perturbar el agradable momento que estaba teniendo. Al fijarme más detenidamente en su silueta mi corazón se aceleró, no sabía si por vergüenza o por lo atractivo de su figura incluso con el uniforme. Había ido allí a trabajar, por lo que intenté hablarle, pero no pude articular palabra. Respiré hondo y volví a intentarlo.

—Pe... Pe... ¿Perdona?

Capítulo 3

(Sakura)

Como siempre la puerta de la oficina no se abría al primer intento, pero tras incontables meses trabajando allí, una ya sabía sus trucos, un pequeño puntapié en la zona inferior izquierda, por donde la madera ya estaba siendo carcomida por un pequeño vecindario de termitas y cedía fácilmente.

—Buenos días, otra vez con un buen puñado de minutos de retraso, espero que al menos haya merecido la pena el polvo matutino, Sakura —dijo Kate desde su escritorio, inclinándose en su silla impoluta mientras dibujaba una sonrisa pícara esperando mi habitual contestación de todos los días.

Me tomé unos segundos para contestar. Kate era mi compañera desde hacía ya dos años, la trasladaron desde Miami en una extraña operación de intercambio para compartir diferentes técnicas en el cuidado en cautividad de animales exóticos, pero es de esas personas que se hacen enseguida al lugar y se ponen al frente sin titubear; sin duda admiraba ese coraje y seguridad en sí misma, esto combinado con su tez morena que aglomeraba un buen número de pequeñas pecas, su larga cabellera rubia natural, que podría perfectamente ser ejemplo de cualquier anuncio de producto cosmético, habían provocado que las escasas visitas, fugaces incluso, de hombres atractivos a la reserva hubiesen finalizado en su cama y no en la mía.

—Ha sido increíble, aún tengo los pelos erizados, viendo cómo se manejaba con las manos decidí al instante cambiarme de dentista para siempre, ganó una nueva cliente —contesté mientras me dirigía hacia mi escritorio sin gesticular ni un músculo de mi rostro. Las dos sabíamos que era mentira, pero el llegar tarde, que dijese lo del polvo matutino y mi cada vez más costosa historia inventada se había convertido en una divertida tradición

que las dos habíamos aceptado sin acordarlo.

—¿Sí, dentista? Cuenta...

—Kate... —Solo con decirle eso fue suficiente incluyendo una mirada sostenida para que cesásemos la conversación.

—Bueno, Sakura, no te cierres a nada, sabes lo que dicen de la esperanza.

—Basta, sabes que nunca he tenido ese apetito sexual tuyo.

Me miró con una sonrisa traviesa mientras mordía la enésima tapa de bolígrafo.

—Kate, ¿me has pasado las analíticas de Joe y Nessie al correo?

—Qué manía tienes con ponerle nombre a todas las bestias que nos llegan; además, no te encariñes mucho, sabes que solo están de paso.

—No son bestias... Son adorables —respondí con firmeza.

—Son dos bolas rojas de pelo que se pasan todo el día en una rama durmiendo, y por cierto ya han devorado todo el bambú que pusimos ayer, vamos a tener que aumentar la cantidad.

—Me encanta tu entusiasmo y pasión por tu trabajo.

—¿Noto cierta ironía en el ambiente?

—No, no, entusiasmo... —respondí levantando las cejas mientras la miraba sonriente confirmando así su pregunta.

—Por cierto, recuerda que hoy vienen a hacer no sé qué reportaje de no sé qué revista. Por las bolas peludas esas tan adorables que dices. Yo hice las analíticas ayer, así que hoy te toca pringar a ti con esto.

—Joe y Nessie, ¿Tanto te cuesta nombrarlos? Al menos podrías hacerlo por mí. Y si, ya me extrañó que fueses tan insistente a la hora de querer hacerlas. Bueno, voy entonces preparando a los peques y espero que no sea muy patoso el que venga, hemos tenido cada caso...

—No te creas, también estuvo ese chico... ¿Cómo se llama? ¿Mike,

Miles? No fue las únicas fotos que sacó ese día —dijo mirando al techo perdida intentando volver mentalmente a la noche que pasó con ese chico, del que ni siquiera estaba cerca de recordar el nombre.

Me levanto de mi silla para dirigirme al vestuario y ponerme al fin mi uniforme de veterinaria, necesito algo de aire y ver a mis pequeñines, si sigo un minuto más aquí empezará a contarme mil batallitas de encuentros sexuales que haya tenido en el pasado, muchos de ellos con grandes exageraciones.

Esta verja necesita uno y bastantes días más de reparaciones para que pase el examen reglamentario como instalación para albergar animales, pero bueno, al fin y al cabo, es simplemente la envoltura que encierra lo realmente importante, aquí estaban las dos monadas que tanto revuelo estaban causando en los directores del zoológico de Tokio. Cuanto antes les diese el visto bueno del control sanitario básico tendrían pista libre para poder exponerlos en sus cárceles metálicas, en vez de intentar introducirlos en la naturaleza, por otra parte, su verdadero hábitat. Ya me estaban presionando con continuos correos desde la secretaría logística pero mis excusas siempre eran variadas y cada vez más ocurrentes, todo el tiempo que pudiese tenerlos antes de que se convirtiesen en simples objetos expuestos, lo consideraría una pequeña victoria.

Primero miro a Joe, el más confiado de los dos, tumbado sobre una rama inferior de uno de los abedules. Éste tenía una sorprendente habilidad para siempre tener colgando una de sus esponjosas patas peludas y a la vez girar la cabeza casi ciento ochenta grados para observarme con una de las miradas más enternedoras que se pueda imaginar. Estos son los momentos en que me comparo con la gran mayoría de la sociedad, pues a mis 28 años ya debería estar aflorando mi instinto maternal, pues no. Lo más parecido es cuando miro a una de estas llamadas *bolas de pelo rojo* por Kate y empiezan

a efervescer abundantes sentimientos relacionados con la maternidad, el necesitar protegerlos, vigilarles cuando trepan por los troncos macizos de los árboles, con cierta sensación interna de preocupación ante sus torpes, pero eficaces movimientos... Por otra parte, estaba Nessie, huidiza y desconfiada, mirándome desde la lejanía de un pequeño arbusto, que apenas escondía medio cuerpo, ella conseguía rematar todas estas sensaciones con unas ganas irrefrenables de arroparla entre mis brazos y susurrarle en voz baja *tranquila no hay ningún miedo del que preocuparse*. Estos momentos no los cambiaba por nada y confirmaban la buena elección que tomé entre veterinaria y medicina al iniciar mi carrera universitaria.

—Pequeños, ¿Estáis bien? —les digo con la esperanza de que suelten alguna respuesta que por otra parte soy plenamente consciente de que nunca ocurrirá, pero al menos conseguir captar sus miradas clavadas en mi por unos segundos me reconfortan.

—Pe... Pe...Perdona soy el fotógrafo de Tokio News que viene a cubrir el reportaje.

Giré mi cabeza instantáneamente, ese tono de voz con un casi indetectable acento lo había escuchado recientemente. No podía moverme, estaba petrificada por completo cuando vi su rostro, era el extranjero que había tomado por turista escasamente un par de horas antes. Quizás por estar de cuclillas, pero verle sin nadie con quien compararle me parecía aún más gigantesco, mínimo me saca un par de cabezas. Mis piernas volvieron a responderme y pude ponerme en pie.

—No puede ser... —susurré, aunque no había ninguna duda de que me había escuchado.

—Eh... Soy... El fotógrafo de Tokio News...—respondió con un tono lleno de inseguridad y nervios.

Se le notaba al instante, él estaba incluso más nervioso que yo en ese

momento. Si me acababa de quedar petrificada al verle estoy casi segura de que le ha costado más de un intento pronunciar palabra al verme de espaldas. Se notaba con esas dos simples frases entrecortadas y repletas de dudas por cada palabra que salió de su boca, que tenía un completo control de mi idioma, deduzco que lo de antes fue un simple truco para aprovecharse de su apariencia de extranjero para solventar la cagada que había cometido al meterse en ese vagón, sin duda supuso, que nunca volveríamos a coincidir y como mucho quedaría en una graciosa anécdota que contarle a sus colegas, pero aquí estaba otra vez enfrente mío y ahora no podía justificarse.

Cerró el puño y expiró una pequeña bocanada de aire con la intención de relajarse.

—Perdona por lo de antes, iba sumido en mis pensamientos y no supe cómo reaccionar cuando me reprochaste mi comportamiento.

Solté una pequeña carcajada que hizo ponerle más tenso, un sentimiento de culpabilidad y crueldad me invadió por unos segundos. Me dije a mi misma: No puedes ensañarte con el muchacho, sabes que habrías hecho lo mismo en su posición.

—Tranquilo, es comprensible, por el sprint que pegaste cuando se abrieron las puertas sospecho que no era intencionado el error. — Intenté mostrarle la mejor de mis sonrisas para calmarle, pues verle tan tembloroso como un flan había logrado ocultar mi nerviosísimo.

—Gracias, fue ridículo...

—Sí, un poco...

Noté como bajaba la mirada al mismo tiempo que sus mejillas se ruborizaban tras mi comentario. Me provocó una sensación de culpa e intenté cambiar de tema.

—Mira tienes a Joe olisqueándote, siéntete orgulloso, es muy raro un primer contacto tan rápido.

—¿Quién es Joe?

—Este es Joe —dije a la vez que señalaba con mi dedo índice el costado derecho de su larga pierna.

—¡Ahhh! —Dio un brinco que gracias a su envergadura cubrió alrededor de metro y medio, cuando volvió a pisar suelo se quedó tambaleando y dejando entrever una respiración agitada.

No pude contener la risa, duraron varios minutos las carcajadas, me tapé con la palma de la mano la boca para intentar disimularlas, acción que no tuvo mucho éxito pues los sonidos que producía eran inconfundibles.

—¡Pero puedes explicarme que es esa cosa! ¿Muerde?

—No es una cosa, ya te lo he dicho, es Joe. Uno de los dos pequeños pandas rojos por los que supuestamente has venido a hacer el reportaje. Y no, no muerde, es totalmente inofensivo, solo te olía porque eres un extraño para él. ¿Igualmente cómo puedes asustarte? Eres gigante en comparación...

—Da igual, nunca he visto un bicho así, es una reacción humana el alejarse.

—No te intentes justificar, eres un poco cagueta visto lo visto. Ah, y no le llames bicho, por el escaso pasado que he tenido para conocerte yo podría ponerte adjetivos descalificativos mucho peores a ti —respondí con una sonrisa irónica.

—Te repito, no es miedo, es más bien precaución a lo desconocido.

—¿Vienes a hacer un reportaje sobre pandas rojos y no sabes ni siquiera la forma que tienen? A eso le llamo yo trabajo de investigación...

—Tampoco he tenido mucho tiempo para investigar desde que me han avisado.

Tras unos instantes de silencio incomodo en que lo único que se escuchaba eran los sonidos guturales que hacía Joe, rompí el silencio para que acabase cuanto antes el reportaje, pero algo de mi interior sujetaba esa

premisa e intentaba conocer más a este peculiar sujeto.

—Bueno creo que va siendo hora de empezar el reportaje, no tengo todo el día, no sé cómo será la vida de un fotógrafo, pero mi tiempo es bastante limitado. —No sé cómo he sido tan borde, está posición agresiva que había adoptado no se reflejaba en mi sentir interno.

Destapó la cámara y empezó a darme instrucciones, en un instante había cambiado mucho su personalidad, ahora se le notaba seguro, firme, era él quien tenía el control de la situación, pero tampoco de una manera autoritaria, la cámara le daba ese poder.

Nunca me había ocurrido una situación parecida, observé que estaba empezando a anochecer porque paramos unos instantes para configurar su cámara y activar el flash, había perdido la noción del tiempo, pero a cada instantánea que efectuaba, disimuladamente analizaba su anatomía, nunca había visto un cuerpo así. Era rudo, salvaje, pero a la vez se notaba cierto cuidado personal como en su barba milimétricamente recortada. No sé por qué siempre he tenido ese fetiche o gusto propio por los hombres con barba.

—Ya tengo suficiente para rellenar el reportaje.

—Ha sido más llevadero de lo que pensaba

—Eres bastante fotogénica, cuando se publique te sorprenderá.

—Gracias, pero tú escoge las fotos en las que salgan mejor ellos.

—Soy un profesional ¿Por quién me tomas? —su tono de voz y su postura desenfadada se contradecían con el contenido de la pregunta

—Por alguien que en un principio ni siquiera sabía que tenía que fotografiar

—Uff ese dardo envenenado ha dado en la diana.

—Ha sido un placer, si me disculpas voy a cambiarme. También ha terminado mi jornada por hoy.

Estaba ya dirigiéndome a la salida de la jaula cuando noté un cálido tacto

en mi antebrazo. Su mirada de cordero degollado indicaba que necesitaba ayuda.

—Te vuelvo a pedir disculpas, pero ya que visto lo visto vamos en el mismo tren de vuelta ¿Podrías acompañarme a la estación? Me ha costado encontrar este lugar...

Le sonreí con ternura, por un momento me recordó a mis dos pequeños, indefensos y necesitados de mis cuidados.

—De acuerdo, pero solo una regla. —Se quedó en silencio y extrañado con los hombros tensos esperando que le pudiera pedir.

—Esta vez no te vuelvas a meter en el vagón de mujeres o ya pensaré mal de ti —respondí con una leve carcajada a la vez que le daba un pequeño golpecito en el brazo. Noté que volvía a estar relajado tras la pequeña broma.

—Muy graciosa...

—Anda, espérame en la entrada que tengo que quitarme el uniforme. No tardo más de diez minutos.

Capítulo 4

(Sakura)

La conversación hasta la estación fue con parones largos de silencio entre frase y frase. Intentaba contarle algún dato curioso de los lugares por donde pasábamos, únicamente lo hacía para amenizar el trayecto, aunque él solamente me correspondía con algún leve arqueamiento de cejas o un comentario por pura amabilidad. De normal en cualquier otra situación me hubiese sentido ignorada, pero esta no era el caso. Él en cambio estaba más atento a los obstáculos del trayecto o cualquier coche con intención de cruzar la calzada que nos pudiese suponer un peligro. Se ponía siempre delante extendiendo su brazo para protegerme, me provocaba seguridad estar cerca suya. En cierto modo lo estaba llegando a disfrutar, ese cuidado que realmente nunca había tenido y menos de un extraño. Solo fue interrumpida por un mensaje de texto que noté gracias a la vibración de mi móvil. Era de Kate:

He visto cómo te ibas acompañada eh... suerte. Seguido de un emoticono que expresaba asombro

Dios Kate... Siempre igual, pensé mientras volvía a meterme el teléfono en el bolsillo.

Sin duda Kate se había fijado en que había leído su mensaje por los famosos dos tics azules, por lo que volvió a enviarme otro WhatsApp.

Es enorme, tiene pinta de semental... ¡Disfruta!

Instantáneamente después de eso decidí apagar el móvil.

Me había quedado rezagada a una pequeña distancia por estar entretenida leyendo los mensajes. Habíamos llegado a una bajada con escaleras, él ya estaba transicionándolas cuando inconscientemente me fijé en su trasero

produciendo ese movimiento tan característico, como de sentadillas, era atlético y sexy.

—¿Sakura desde cuando te fijas en las nalgas de un hombre? ¿Tanto te están influenciando los mensajes de Kate? —pensé para excusarme conmigo misma.

De nada sirvieron esos pensamientos para intentar volver a la cordura, pues toda la bajada no pude parar de observarlas con cierto recelo. Tuve suerte de no tropezar con algún escalón, pero sobre todo de que no se girase, pues habría descubierto hacía donde estaba apuntando mi mirada.

Una vez terminada la bajada, aumenté la velocidad de mis pasos para seguirle el ritmo y así poder guiarle, en principio el objetivo principal de acompañarle. Mi mente recuperó su racionalidad y seguimos con conversaciones mundanas hasta la estación, realmente me di cuenta de que sólo me estaba atrayendo su físico, pues ninguna de las palabras que salían de su boca incrementaba mi lívido.

Llegados a la estación me percaté de la aglomeración excesiva de gente parada y ningún tren en las vías. Se notaba cierto ambiente cargado y un buen número de comentarios en un tono más subido del habitual por los viandantes.

—Oye, ¿Esto es normal? —me preguntó sin dirigirme la mirada, observando con cara de preocupación aquella masa de personas inmóviles.

—No, no es normal —respondí con sequedad

—¿Qué está sucediendo?

—Como comprenderás no soy adivina, he venido todo el trayecto contigo, pero espera que pregunte qué ha ocurrido —contesté esta vez de manera desenfadada mientras él simultáneamente ahogaba una pequeña carcajada.

Toqué la espalda de una de las señoras que se encontraban de pie,

ladeando la cabeza en busca de un metro que no tenía la intención de llegar.

—Perdone. ¿Ha habido algún problema?

—Parece ser que está cayendo una buena en Tokio, han cerrado las líneas de manera temporal.

—Gracias, a ver si esta vez no tardan demasiado en volver a la normalidad

Era frecuente la irrupción del metro frente a una de las llamadas tormentas primaverales de Japón, no duraban más de unas escasas horas, pero paralizan todo ese tiempo cualquier servicio de transporte por riesgo a accidente.

—Ya has oído... Toca joderse, pero bueno no tardará en disiparse.

Este contratiempo nos había descolocado. Allí estábamos, frente a frente, mirándonos sin saber que decir ninguno de los dos. Lo que parecía una despedida de hasta siempre se iba a tener que prolongar por fuerza de la naturaleza. Tuve que armarme de valor, pues todo indicaba que este chico que tanto se esforzaba por evitar que nuestras miradas coincidiesen, no iba a proponer ningún plan.

—¿Te pinta una pinta? Pago yo. —En mi cabeza sonaba mucho mejor. Al pronunciarlo me sentí como una verdadera estúpida. Inesperadamente no reaccionó de manera extraña a mi pequeño trabalenguas.

—Tampoco es mejor idea quedarnos de brazos cruzados —conjuntó a la vez que realizaba un casi imperceptible levantamiento de hombros.

—Conozco un buen *Izakaya*. Viene siendo lo que en Occidente llamáis “bar”.

—Se lo que es un *Izakaya*, llevo ya varios años residiendo en Japón.

Ese “llevo varios años aquí” me hizo darme cuenta de lo superficiales que habían resultado ser nuestras conversaciones pasadas. Sonsacarle simplemente un detalle de su vida personal había avivado mí no extinta

hoguera de curiosidad. Mi intención no era convertir ese rato en un interrogatorio sin embargo ardía en ganas de ahondar en su vida. Al fin y al cabo, en esta gran isla no abundaban los encuentros con occidentales, sumado a su apuesta presencia hacían prometer un interesante pasatiempo.

Me resultaba raro venir a este Izakaya en el que solíamos Kate y yo finalizar muchas de nuestras pesadas jornadas laborales. Conocíamos al dueño y a la vez camarero del pequeño y acogedor local, Shiro, siempre nos reíamos comparándole con el abuelito de mi serie favorita de la infancia, Heidi, eran calcados. Incluso demostraba ese aire paternal hacía nosotras, alguna que otra vez con excesiva confianza.

—Sakura, tiempo sin pasarte, ¿cómo va Kate?

—Sigue en sus mundos de ensueño

—Es bueno que la juventud siga teniendo sueños y ambiciones... Veo que traes un forastero, ¿Quién es? ¿Tu novio? —Esas preguntas indiscretas fueron como puñales clavándose en la espalda, inmediatamente me puse roja como un tomate Cherry. Sin quererlo Shiro había creado una frontera de nervios e inseguridades en mí.

—¿Cómo va a ser mi novio? No, no, es simplemente un compañero de trabajo, no te montes tus películas.

—Hija, mis películas eran mudas y carecían de color, sin parejas tan...

—¡Shiro! Por favor ponnos dos pintas —interrumpí de manera abrupta antes de que consiguiese terminar la probablemente vergonzosa frase.

—Oído cocina. —Se alejó con cierta sorna.

Resoplé para mis adentros, necesitaba ese oxígeno que tanto había echado en falta discutiendo con el ya anciano a la vez que pícaro, Shiro. Pero él, en cambio, estaba risueño ¿Le resultaba graciosa la idea de que nos confundiesen con una pareja de tortolitos?

—Perdona, está mayor, se le va la olla de vez en cuando, principio de

demencia senil sería un buen diagnóstico.

—Diría lo contrario, era plenamente consciente de lo que quería decir, más bien nos ha ayudado a romper un poco el hielo. Pero ¿Tan feo te parezco para que no creyesen que soy tu pareja?

—No... Haber es que... Eres atractivo y tal... O sea, no eres feo — respondí sin poder mirarle a los ojos a la vez que destrozaba una de las servilletas nutriendo así mis nervios.

Comenzó a soltar una risotada poco educada. Por suerte el local era poco visitado y estábamos solos. Una de mis manías desde que tengo uso de la memoria era siempre hablar en voz baja, fuese el contexto que fuese. Cuando alguien con quien conversaba aumentaba su tono, como un acto reflejo mi cuerpo levantaba una de las manos en señal de *baja la voz*. Pero esta vez no. Mi sistema nervioso autónomo no se había inmutado ante este fenómeno. En cierto modo su reacción tan espontánea consiguió destensar todos mis músculos y por fin sentirme libre.

—Podríamos dejar ese temita ya ¿no? Por cierto, me ha resultado complicado responderle a Shiro sin poder nombrarte, pero es que ni siquiera nos hemos presentado formalmente, supongo que debido al ‘‘incidente’’.

—Tienes razón. Me llamo Liam y anticipándome a tu siguiente pregunta, soy australiano.

Se me debería haber ocurrido antes... Australia, podría haber resuelto el puzle de su nacionalidad si le hubiese imaginado sosteniendo una tabla de surf. Encaja perfectamente en el canon de la tierra de los canguros.

Nos sirvieron las dos refrescantes jarras de espumosa cerveza, parte de esta se derramaba por la mesa.

—¡Oh! Australia, debes echar de menos surfear en esas playas paradisiacas, comparándolas con las de aquí.

—No falla, siempre los mismos clichés, siento decepcionarte, pero soy

del interior del continente, arena demasiada, agua escasa o nada. Una pena, pero no será hoy el día que encuentres un profesor privado para tus clases de surf, nunca he tocado una. —contestó con una maliciosa sonrisa.

—Y por lo que veo, una tabla de planchar tampoco ¿No? —dije con un tono sarcástico y señalando su mal planchada camiseta.

—¡Bang! Segundo dardo envenenado del día. Voy a acabar con más agujeros que el queso *Gruyère*.

Continuamos durante unos minutos la conversación contando graciosas anécdotas de nuestros respectivos oficios con alguna que otra puyita entre medias, y él por su parte también añadía diferentes países a sus historias, me encantaba el ideal que yo me había montado de trotamundos, con mochila y saco de dormir a la espalda recorriendo medio mundo. Entonces caí, como si de una bofetada se tratase cuando no te lo esperas, vamos, de esas que escuecen. Si había estado en tantos lugares con su relativa poca edad que tendría. ¿Significaba que le quedaría poco tiempo en Japón?

—Oye, después de haber mentado tantos países, por lo que has comentado antes de que ya llevas varios años aquí ¿Has decidido estabilizarte en Tokio? —pregunté con cierta inseguridad mientras me echaba un trago de fría cerveza a la garganta.

—No... ni mucho menos. En principio había decidido marcharme cuando finalice la primavera, o su equivalente, el florecer de los cerezos. Mi carrera no avanza... Además, ya es un record personal estar seis años en el mismo lugar. Va siendo hora de cambiar, en busca supongo de esa estabilidad a la que tiendo como objetivo, pero que creo que soy yo solito el que realmente impide alcanzarla.

Tenía mis sospechas, pero se habían confirmado. Me quedé atónita, el

problema estuvo en que ya estaba realizando el movimiento de beber cerveza, mi cerebro y brazo no se coordinaron y provocaron que me salpicase gran parte de su contenido por la blusa.

—¡Hostia! Voy a por un par de servilletas. —Levantándose en dirección a otra mesa.

Maldita mi suerte, si no las hubiese masacrado todas antes, la cerveza no habría traspasado toda la blusa.

—Toma, creo que serán suficientes —dijo en un tono tembloroso de voz. Cuando le cogí las dos servilletas entendí el por qué. Su mirada se dirigía directamente a mi escote. Bajé la mía y no me pude creer lo que estaba viendo. ¡La cerveza había transparentado completamente el sujetador! Aunque más bien el problema se acentuó con cuál era el sujetador que llevaba, era la parte superior de un picardías rojo putón con ciertos bordados de rosas que decidí comprar hace unos años para un ex-noviete que tuve con la intención de avivar la llama de la pasión, cosa que por otra parte no funciona ni de lejos. Ahora lo usaba como uno más y justo hoy tenía que suceder.

Note que me ardían las mejillas. No me atrevía a mirarle.

—Tranquila, un accidente nos puede pasar a todos sino recuerda lo de esta mañana —respondió guiñándome un ojo.

Son estos momentos los que deseas estar en un mundo de fantasía con superpoderes como parar el tiempo o teletransportación.

—Piensa de este modo, ahora los dos estamos empatados en ridiculez. Además, te favorece ese color en la blusa —balbuceó entre incontables carcajadas.

—Sakura, he encontrado una chaqueta que se extravió algún cliente hace tiempo.

—Gracias Shiro, te la devolveré la próxima vez que nos veamos.

—Jóvenes, creo que han vuelto a reanudar las líneas ferroviarias.

—Justo a tiempo. —Saqué unas cuantas monedas, más que de sobra para pagar la cuenta y le hice un gesto a Liam con la cabeza para indicar que debíamos marcharnos.

Otra vez en la estación. Ya habían pasado varios trenes desde que llegamos, pero la abundante marea humana nos había impedido cogerlos. La conversación se había vuelto a enfriar.

—No tardará en llegar el siguiente, este si nos toca ya.

—Si... Tranquila esta vez no me confundiré de vagón.

—Bueno ha sido un día movidito, al menos me has sacado de mi rutina.

—Dinámico ha sido el día sin lugar a duda. Al menos estamos a viernes y podemos descansar.

—Habla por ti, yo tengo compromisos. No sé a qué buena hora decidí quedar con una amiga para ir al festival de los cerezos el domingo.

—Buff... Cuando llevas ya varios se hacen repetitivos, no puedo alimentar mis ansias fotográficas con los mismos lugares siempre.

—Uno de los eventos reconocidos a nivel internacional, como de los más preciosos del año y tú lo llamas repetitivo... Eres un culo inquieto.

—Demasiado...

—Al final no me has dicho el por qué te fuiste de Australia.

Si antes me había parecido casi un milagro producido por alguna divinidad, la reanudación de las líneas, notar el frenazo de la locomotora en este momento había sido producido por el mismísimo diablo en persona. Quería saber esa respuesta, pero nunca más volvería a verle seguramente. Nos quedamos mirándonos unos segundos pues no podíamos permitir taponar a toda esa marea humana que se acercaba a paso firme.

—Liam, ha sido un placer, pero nuestros caminos se separan aquí,

gracias por romper con mi monotonía.

—Lo mismo digo, encantando de conocerte y podrías darme tu... Bueno olvídalo, recuerda comprar el periódico del domingo, en él saldrá el reportaje.

—Se alejó dejando una estelada de sentimientos que costarían mucho de olvidar.

Por mi mente solo rondaba una idea, pero a la vez incapaz de efectuarla:

“Impedir que se marche para siempre”, susurra una voz en mi cabeza.

Capítulo 5

(Liam)

Al meterme en el vagón empecé a reconstruir todas y cada una de las situaciones de aquel día, sólo de pensar en ello me ruborizaba; no podía creer que me hubiese comportado así, a cualquier otra chica ya la habría engatusado para llevármela a la cama. ¿Si fuese *cualquier otra*? Mis propias palabras me habían hecho darme cuenta de que había algo diferente en ella, pero mi mente de *playboy* me hacía incapaz de entenderlo.

El sonido del móvil interrumpió mis pensamientos; lo cogí sin ver siquiera el nombre, solo había una persona que podía molestarme a estas horas.

—¿Con que mujer necesitas que te ayude hoy, Kira? —dije inmediatamente después de descolgar con tono burlesco.

—¿Únicamente puedo llamar a mi mejor amigo si es para pedirle consejos amorosos? Sólo quiero saber que es de tu vida, últimamente te noto más distante.

—Pues justamente hoy no es el mejor día para eso, ha sido una jornada dura. Me he levantado a las cinco y han pasado muchas cosas, solo quiero llegar a casa y descansar.

—No digas eso hombre, siempre sacas tiempo para tomar una copa conmigo.

—Hoy es diferente...

—¿Dónde estás ahora mismo?

—Estoy en el metro, no me queda nada para llegar a casa.

—Pues te espero en la puerta.

—Espera, te he dicho que...

—...

Había colgado rápidamente sin darme tiempo para declinar su propuesta, siempre era así de impulsivo, pero eso hacía que de verdad me divirtiese con él. Aunque esa actitud no estaba tan bien vista entre sus compatriotas, ya que todo lo que se destacase del resto era rechazado. Supongo que así es cómo acaba una persona tan buena como él en ese tipo de vida.

Al llegar a casa me estaba esperando frente a la puerta con un neceser en su mano y una toalla al hombro y nada más verme empezó a hacer aspavientos para llamar mi atención.

—¿Qué haces con esa toalla? ¿Vas a la playa a estas horas?

—Muy gracioso. Has dicho que estabas cansado, así que he tenido la maravillosa idea de ir a relajarnos al *onsen* del barrio, para que veas que sí que me preocupo por ti. —dijo orgulloso de su idea.

—Aiss... Al final siempre consigues liarme—respondí esbozando una sonrisa—deja que suba a por las cosas.

Mientras subía pensé en la suerte que tenía de haber conocido a una persona como Kira. Los japoneses son personas amables, pero reservados como nadie en el mundo, así que cruzarme con él podría decirse que era lo mejor que me había ocurrido desde que llegué, combinaba la amabilidad de un japonés con una actitud extrovertida y alocada, lo cual no gustaba entre sus semejantes, pero hizo que congeniásemos desde el primer momento.

Nada más entrar al *onsen*, el cual se encontraba a escasos minutos de mi apartamento, nos quitamos los zapatos y los dejamos en los casilleros de la entrada; pasamos a la siguiente sala, un acogedor salón que hacía a la vez de vestuario y comenzamos a desnudarnos, puesto que está mal visto entrar a los baños con algo más que no sea una pequeña toalla.

Al quitarse la camiseta, Kira dejó ver un inmenso tatuaje en su definida espalda; un gigantesco dragón a todo color sujetando entre sus garras una

esfera con un símbolo grabado en ella. La poca gente que había en el vestuario enmudeció al verlo y aceleraron todo lo que estaban haciendo para marcharse de ahí, sabían lo que significaba. Al parecer en Japón la gente normal no suele tatuarse, los únicos que se atreven a marcar permanentemente su piel son los denominados *yakuza*, integrantes de alguna banda mafiosa japonesa; al principio yo desconocía este dato, pero no podía importarme menos, sólo sé cómo es cuando estamos juntos y de lo que trate su trabajo no podía importarme menos, de hecho, nunca hablábamos del tema.

—Tu tatuaje es más grande que la última vez que lo vi, Kira. —dije despreocupadamente, admirando únicamente el aspecto artístico del mismo y no lo que conllevaba llevarlo.

—Sí, este tipo de tatuajes requieren su tiempo para hacerse, la persona que lo dibuja lo hace completamente con aguja, no usa las máquinas a las que estáis acostumbrados los occidentales. —respondió sin vacilar, como si no notase la incomodidad de la gente que lo había visto.

Una vez nos desnudamos completamente ingresamos a la zona de los baños, era una zona amplia con unos grifos a la altura de las rodillas al principio y cuatro bañeras gigantescas con diferentes cualidades al final. Lo más parecido que existía en Australia, como en cualquier lugar del mundo, era un balneario; pero en Japón la gente tenía suerte al contar con uno de estos en prácticamente cualquier barrio, aunque fuese en versión reducida. Cogimos cada uno una banqueta y un cubo y nos sentamos frente a los grifos. En el país de sol naciente todo tiene una forma de proceder diferente al resto del mundo, y en este caso había que lavarse sentado y tirándose agua con el cubo para pasar a las bañeras únicamente cuando se está completamente limpio. Una vez terminado el “ritual” nos sumergimos en la primera de las bañeras; caliente, pero sin llegar a quemar y con unas agradables burbujas.

—¡Uff! Esto es vida Kira...—exclamé con gusto al notar como mi cuerpo se destensaba. —Tengo que agradecerte, es justo lo que necesitaba.

—No tienes que agradecerme, la verdad es que a mí también me hacía falta.

Nos quedamos callados unos segundos, respirando la paz del lugar, vacío desde que la gente vio entrar la extraña pareja que hacíamos.

—No sólo te he traído aquí a relajarnos Liam, —dijo Kira rompiendo el silencio sepulcral de la sala—cuando te he llamado he notado por tu voz que había pasado algo.

—Lo de siempre, —mentí—el capullo de mi jefe me tiró toda la mierda que pensaba de mí encima y me mandó a un trabajo que no quería hacer.

—No mientas, si fuese lo de siempre habrías aceptado mi invitación de ir a beber y te desahogaría conociendo a alguna mujer que olvidarías al día siguiente.

Cuando escuché esas palabras por alguna razón me sentí irritado, me levanté molesto y me alejé un poco, metiéndome en la siguiente bañera, mucho más caliente que la primera. Kira soltó una carcajada al ver mi reacción.

—Eres inesperadamente fácil de leer. Dime, ¿quién es ella? —me preguntó dando totalmente en el clavo.

—No es exactamente “ella”, soy más bien yo.

—No te sigo.

—El caso es que hoy he conocido a una chica, era la veterinaria a cargo de los animales que me han mandado fotografiar hoy...

—¿Y qué? ¿Te ha rechazado cuando le has propuesto ir a “divertiros” después del trabajo? —me interrumpió con sorna.

—No, la cuestión está en que ni siquiera llegué a proponérselo, aunque me atraía. Fuimos a tomar algo y me deje llevar completamente por ella, no

era el tipo decidido con las mujeres que suelo ser. Supongo que el hecho de que por la mañana me echase la bronca por meterme en el vagón de las mujeres y yo me hiciese el extranjero perdido tiene algo que ver.

—Si... Seguramente sea eso, y no que te hayas interesado de verdad en ella...—respondió irónicamente.

—No bromees con eso, sabes que yo no soy así. Sólo estoy preocupado de que haya perdido el toque con las mujeres.

—Sí, sí, lo que tú digas... Solo tienes que quedar con ella y con una amiga y hacer que caiga en tus encantos.

—No es tan fácil, ni siquiera sé su número de teléfono. Y tu solo quieres aprovecharte de mí para conocer a su amiga.

—No digas eso, lo que yo quiero es ver qué clase de chica hace que te comportes así. Tiene que haber algo, ¿no sabes dónde vive?

—Lo único que sé es su nombre y que este fin de semana va a ver los cerezos en flor.

—¡Pues ya está! Vamos también a verlos y por casualidad encontrarnos con ella en el festival.

—Sí, claro. ¿Tú no sabes la cantidad de gente que va a verlos? Encontrarla allí sería más que una casualidad.

—No seas pesimista, los milagros existen—dijo con una sonrisa inocente en su rostro, como si de un niño se tratase.

En mi mente cruzó por enésima vez aquel día el rostro de Sakura sonriendo, me ruborizaba solo con pensar en volver a verla y en que excusa usaría.

—Me voy a casa, estoy mareado de estar tanto rato en agua caliente.

—No cambies de tema, el día del festival te sacaré de casa, aunque sea a patadas.

—Haz lo que quieras.

Capítulo 6

(Sakura)

Estaba saturada, mi cuerpo no daba más de sí. El día había sido movidito y llegar a altas horas de la noche acentuaba el cansancio de manera exponencial. Se vislumbraban ya las luces encendidas de mi casa. O una banda de ladrones estaba desvalijándola o era mi padre, por supuesto sería lo segundo.

—Buenas papá, ya estoy en casa se me ha hecho...

—¡Sakura! — Mi padre se abalanzó sobre mí, medio sollozando. Me abrazaba con tanta fuerza que hacía crujir partes de mi pequeño cuerpo. Su canosa cabellera rozaba mis mejillas y podía oler su característica colonia tan varonil que llevaba usando desde que yo era un simple bebe. —¿Dónde te habías metido? He dado aviso a las comisarías locales y preguntado en todos los hospitales del barrio.

—¡Papa! ¿Por qué demonios has hecho eso? Simplemente me he retrasado más de la cuenta porque han venido a hacer un reportaje y luego han cerrado las líneas de metro.

—Pero hija, tú siempre llegas mucho antes que yo, no es normal que tuvieses el móvil apagado. Estaba aterrorizado por si te había sucedido algo.

—En serio papá, ya está bien, tengo 28 años no soy una cría, simplemente me he retrasado un poco. Ya ha pasado más veces. Sí, suelo llegar antes que tú, porque no todo el mundo se pasa catorce horas trabajando en su despacho.

Se levantó mientras secaba sus escasas, pero sinceras lágrimas.

—Sabes que mi trabajo es muy importante, es necesario que pase tantas horas. Además, esa no es la cuestión, podrías haberme avisado para no

tenerme en este sin vivir.

—Por favor... aunque seas el director del hospital más relevante de Tokio no necesitas pasar los siete días de la semana ahí metido.

—Sabes que no me gusta hablar del trabajo. Ya ha pasado todo, voy a llamar a las comisarías para aclarar el incidente. He hecho la cena, puedes ir empezando si tienes hambre.

—¿Has hecho la cena? Más bien sería *he comprado la cena*.

—Sakura... intento hacer todo lo posible por ti y lo mucho que te quiero. No seas tan borde.

—¿Lo mucho que me quieres? Sí, suelo leerlo mucho en los mensajes de texto que me envías, pero dicho por ti... difícil cuando apenas te veo el pelo.

—No seas tan dura... Sabes lo mucho que me ocupada mi traba...

—¡Basta! Ni se te ocurra volver a poner la excusa del trabajo, ya no me sirve. Me voy a cenar a mi cuarto, como te he dicho, he tenido un día agotador.

—Espera ¿Tienes planes para el domingo? Es el festival de los cerezos en flor.

Por un momento me vinieron todos los recuerdos de la infancia. Mi padre llevándome de la mano por todo el festival mientras yo lucía mi flamante kimono e iba saludando a todo el mundo orgullosa y feliz, aunque fuesen completos desconocidos. Son casi los únicos recuerdos que tengo junto a mi padre, así que esa invitación me hizo sonreír y olvidarme del reciente enfado.

—He quedado con Kate, pero a ninguna de las dos nos importaría que nos acompañases. Así de paso conoces a Kate que apenas la has llegado a ver. —Mi cara irradiaba alegría, solo con el episodio de nostalgia que podía volver a repetir en mi vida.

—Lo siento Sakura, el domingo tengo una importante operación —dijo

con un tono cada vez más bajo a la vez que agachaba la cabeza. —Era porque Taiga me ha preguntado si podría acompañarte.

—¿En serio? ¿De verdad me lo estás diciendo? No tienes perdón. Sabes que no me gusta el pesado de Taiga, por muy buen neurocirujano y estudios que tenga sigue siendo un chaval repelente. Las pocas conversaciones que he tenido con él, básicamente han sido para hablar de él, egocentrismo en estado puro. No me vuelvas a hablar de él, me subo a mi cuarto. ¡Ah! Por cierto, dile que cambie de colonia, no sé cómo no ha podido matar de intoxicación a algún paciente con esa fragancia.

Cerré de un portazo la puerta de mi habitación. Respiré hondo para no dejar brotar esas pequeñas lagrimas que empezaban a asomar mientras me desvestía, esparciendo por la habitación las diferentes prendas de ropa. Los muelles de mi cama cada vez sonaban peor de todas las veces que me dejaba caer. No podía más, sentía un peso en mi pecho que me oprimía como si de una soga se tratase, intenté agarrármelo fuerte durante unos minutos para sosegar el dolor.

Nunca he entendido porqué mi padre intentaba juntarme con Taiga. Él solo veía su faceta profesional. Podía ser todo lo buen neurocirujano que quisiese, pero era un estúpido. En parte siempre he sospechado que le interesaba por ser la hija del director. Siempre con esos rancios aires de grandeza y dándome consejos inútiles en todas las facetas de la vida sin habérselos pedido.

Mi odio hacia Taiga incrementaba por momentos hasta que de repente se dibujó en mi mente la imagen de aquel chico llamado Liam. Era diferente. Transmitía proteccionismo a la vez que esa libertad que yo tanto anhelaba.

“Sakura olvídate ya de Liam, no vas a volver a verle antes de acabar la primavera en una ciudad de nueve millones de habitantes” —me dije a mi misma.

Encendí el móvil, no solía estar tanto tiempo con el apagado pero las circunstancias lo habían propiciado. Después de marcar como visto las doce llamadas perdidas de mi padre y sus innumerables mensajes vi que tenía uno de Kate.

—¿Qué tal te ha ido con el gigantón? ¿La tenía grande?

—Kate, no ha habido nada. No insistas. Nos vemos el domingo para el festival.

Capítulo 7

(Liam)

—¡Liam, abre la puerta!

—...

Me levanté casi por instinto, ni siquiera había podido abrir mis ojos aún. Era como si estuviese en la fase REM.

—¡Si no contestas en un minuto voy a tirar la puerta abajo!

—...

No entendía lo que estaba sucediendo, lo último que recuerdo era estar montando en un dragón de dos cabezas para llegar pronto al trabajo, achicharrar a mi jefe y sacarle a la fuerza lo buen fotógrafo que era.

—¡Liam!

Volví a la realidad.

—¡Cállate ya! ¡¿Qué cojones haces molestándome de buena mañana?! —vociferé incrédulo a través de la puerta.

—Tu abre cangurito.

—¿No se te ocurre otra forma de llamar a un australiano, samurái? —le contesté siguiendo la corriente mientras abría la puerta—¡Hostia, que vas vestido de samurái de verdad! ¡Sólo te falta la *katana*!

Para mi sorpresa Kira había decidido vestirse con un *yukata*, lo que viene siendo un *kimono* masculino.

—Muy gracioso, no te rías tanto que también traigo uno para ti. —mostrándome uno de color azul celeste idéntico al suyo.

—No esperarás que me ponga esa ridiculez.

—Claro que te lo vas a poner, no pretenderás ir a un festival sin ropa tradicional.

—Pasa y lo vamos viendo, aún no he desayunado.

Ahí estábamos. Los dos. Ridículos. Esa era la palabra que nos describía. La gente cuchicheaba a nuestras espaldas y la multitud dejaba paso al vernos. Pensándolo bien, era la reacción natural al ver a un australiano de casi dos metros vistiendo una prenda pensada únicamente para la complexión japonesa.

En cambio, Kira se encontraba como pez en el agua, se detenía a cada paso que daba para disfrutar de los puestecitos de juegos, muy al estilo de una feria occidental. Competía en todos y cada uno de ellos contra quién hubiese. En el tiro con escopeta de aire intentaba conseguir el premio más grande, sólo para acabar dándoselo al niño que previamente había derrotado. Uno tras otro, iba ganando y rompiendo récords por donde pasase. Y yo me limitaba a retratar en instantáneas todos los escenarios que Kira creaba, rodeado de infantiles caras adorándole como si de un superhéroe se tratase.

Solamente quedaba un juego en el que competir, en el cuál curiosamente se había creado cierto revuelo. Al acercarnos observamos el panorama, un niño de no más de doce años estaba siendo vitoreado por los demás espectadores. Por lo que vociferaban había derrotado a sus oponentes ocho veces consecutivas. El juego consistía en pescar el máximo número posible de pececitos vivos en un minuto. Para ello sólo se disponía de una pequeña red hecha de papel y la dificultad residía en que al mojarse se rompía con facilidad por el peso del pez.

—Tengo que bajarle los humos a ese chiquillo, ganarle es la guinda que le falta a mi pastel. —dijo Kira mientras se arremangaba.

—No hagas más el ridículo, por favor. Estás compitiendo con críos como si te fuese la vida en ello. Además, ese juego requiere una habilidad y paciencia de la que careces.

—Tú sólo espérame aquí. Voy a hacer historia en este festival.

Avanzó con paso firme entre la muchedumbre con cierta aura que recordaba a una persona dirigiéndose a la guerra y pidió ser el próximo oponente del chaval.

Las miradas se clavaron en él, a la vez que se creó un cierto estupor hacia la imagen de un hombre adulto tomándose tan en serio una competición completamente orientada a niños.

En cuánto sonó el pitido de inicio, Kira se abalanzó a por su primera presa con tanta fuerza que el papel quebró nada más entrar en contacto con el agua, finalizando el encuentro y convirtiendo las miradas expectantes en burlas.

Volvió abatido. Cabizbajo. Pero a mí sólo me parecía irrisorio.

—¿Me ves sonreír?

—Absolutamente nada. — Hice un esfuerzo sobrehumano en aguantarme una carcajada para no herir aún más su frágil orgullo.

—Pues al final sonreiré. —respondió totalmente serio dirigiéndose una vez más a enfrentar al niño en una revancha.

Después de esas motivantes palabras y mucho más calmado consiguió al menos introducir la red en el agua, rompiéndose acto seguido por el peso del primer pez que intentaba pescar. Ya no pude disimular mi risa después de aquello.

—No te deprimas tanto, al menos has conseguido plantarle cara a un niño de diez años y yo he podido sacar la mejor foto de tu vida. Mira, en el momento exacto que se rompe la red se puede apreciar en tu cara la viva imagen de la derrota.

—Bórrala ya y vámonos.

—No podemos irnos, recuerda que estamos aquí para encontrar a Sakura. Nos sentamos a comer algo para que revise las fotografías y la seguimos buscando.

—Ah, cierto. Habíamos venido aquí por ti.

—Me encanta que tus propias ideas se te olviden. —dije irónicamente.

Nos apartamos del bullicio de la calle principal a disfrutar de un buen plato de fideos fritos y brochetas de carne a la plancha. Revisábamos todas las capturas riéndonos de las caras de Kira y de los niños cuando me detuve por un segundo. Me dio un vuelco el corazón, pensaba que iba a salirse de mi pecho. Lo que parecía misión imposible se había vuelto real, entre tantas personas que aparecían en la foto, de una de las victorias de Kira conseguí vislumbrar el rostro de Sakura en la esquina del encuadre. Estaba ahí en ese momento, a escasos cien metros de distancia. Me levanté de la mesa en el acto y eché a correr en dirección a la calle principal para alcanzarla. Habrían pasado treinta minutos desde ese momento, debía seguir por aquí.

—¡Oye! ¿A dónde vas? Aún falta pagar la cuenta.

—¡Lo siento! ¡Es ella! —le respondí a Kira dejándole atrás.

Deshice mis pasos mirando a todas partes, no tenía tiempo de pensar el porqué de aquella actitud tan apresurada. ¿Tantas ganas tenía de volver a verla?

Al llegar al principio del recorrido que hice esa mañana con Kira obtuve la respuesta en forma de alivio y ansiedad entremezclada. Sabía que tenía que ser mucho más activo de lo que fui el día que nos conocimos, pero si ya me dejó sin palabras la primera vez que la vi, en ese momento directamente me robó la razón. Su pelo lacio había sido recogido en un perfecto moño decorado por una horquilla típica japonesa, su ligero maquillaje remarcaba sus pómulos y su penetrante mirada y el brillo de labios hacía hipnotizante su forma de morder la manzana de caramelo que sostenía. Cuando ella también notó mi presencia tragué saliva y aparté mi mirada de su cara instintivamente, sólo para reparar en su precioso *kimono* ajustado que resaltaba su sensual figura, lo cual empeoró las cosas para mí.

—Liam, cabrón. No puedes salir corriendo tan de repente. Que sepas que me debes la comida, no pienso invitarte. —dijo Kira mientras llegaba desde atrás jadeando por la carrera— ¿Esta es la chica de la que me hablaste? No me la imaginaba rubia y con pecas.

No podía creer lo que acababa de soltar el bocazas de mi amigo, y encima equivocándose de persona. Parecía que se refería a la chica que acompañaba a Sakura. La vergüenza me estaba matando.

Su amiga y ella nos miraban sin dar crédito.

—No, no. Te equivocas, la chica de la que te hablé es la otra. No puedes ir soltando lo primero que te viene a la mente, córtate un poco. —exclamé apresuradamente.

—¡Puf! —soltó Sakura conteniendo la risa—. ¿Ya les has hablado a tus amigos de mí? Si tanto te marqué podrías haberme pedido el teléfono al menos.

Las desafortunadas palabras de Kira al menos habían conseguido romper el hielo cómo aquella vez con el hombre del bar.

—Te gusta demasiado tirarme esos dardos ¿no tuviste suficiente con los de la otra vez?

—Así que éste es el fotógrafo ¿eh? Visto más de cerca he de decir que tienes buen ojo Sakura. —interrumpió su amiga. —Yo soy Kate, encantada. —dijo tendiendo la mano con una voz algo provocativa.

—Mi nombre es Kira, señoritas. Soy el mejor amigo del grandullón éste y actualmente estoy soltero...

—Bueno, que casualidad más grande encontrarnos otra vez aquí con toda la gente que hay ¿no? —interrumpí a Kira antes de que dijese algo innecesario de nuevo.

—Algo me dice que no es tanta casualidad...

Sakura no dejaba de prestarme atención y su voz parecía más sensual que

la última vez. Se notaba su interés en mí. Era inteligente y parecía que no podía engañarla con lo de las casualidades, veía a través de mí y estaba seguro de que se había percatado de mi gusto por ella.

—Bueno, ya que nos hemos encontrado aquí todos ¿porque no vamos a divertirnos a algún lugar? Así nos conocemos mejor. —propuso Kate.

—Conozco un karaoke muy acogedor y con buena cerveza cerca de aquí. —dijo Kira mientras echaba decidido a andar.

—Bueno, habrá que seguirle. —concluí.

Una vez habiéndola encontrado e intercambiado números de teléfono me sentía más relajado, por lo que de camino al karaoke pude fijarme en las calles que transitábamos. La vista era preciosa. El ambiente distendido de los japoneses ociosos y “disfrazados” con sus ropas tradicionales, paseando entre arboles de cerezo en flor con ese color rosa tan característico cuyos pétalos caían lentamente con cada brisa, me hizo recordar el porqué me enamoré de este país y decidí quedarme para retratar tales escenarios que parecían sacados de un cuento de hadas. Sin duda, la primavera era especial en esta isla del pacífico.

Cuando llegamos al lugar, reservamos por un par de horas la habitación, puesto que en el trayecto decidimos ver juntos los fuegos artificiales que clausuraban el festival.

Nada más entrar, Kira se puso a intentar organizar el orden para cantar e incluso los dúos. Los nipones se toman muy enserio el karaoke e incluso hay gente que reserva habitaciones sólo para ellos para mejorar su voz. Mi amigo era uno de esos. Cómo uno de los planes más recurrentes cuando quedábamos con un grupo de chicas era ir uno de los miles de karaokes de Tokio. Su intención era llevarse toda la atención demostrando sus dotes para el canto, lo cual desentonaba con su apariencia. Esta vez no fue diferente.

—¡Guau! Nunca hubiese imaginado que podías cantar tan bien. —Señaló

Kate.

—Si supieses las horas que ha entrenado en secreto para ello no te sorprendería tanto.

—¡Oye! Si cuentas el truco se pierde la magia.

—Imagino que si vas tan de chulo con tu amigo será porque confías hacerlo mejor ¿no? ¿Por qué no nos cantas tu una? —me retó Sakura.

—Oh no, no quiero dejaros mal. Los que me conocen me llaman Michael Jackson Jr.

—Bueno, pues deléitanos con una canción del rey del pop. —dijo una vez más burlándose.

Mi actuación fue rodada a mi parecer, elegí una canción con la que pude mostrar mi melodiosa voz a la vez que mi sensual movimiento de caderas. Me deshice de mi timidez y los dejé a todos de piedra.

—¡Ese es mi grandullón! Lo has clavado, como siempre.

—Gracias, gracias.

—Nos has dejado sin palabras —dijo Sakura sorprendida.

—Lo sé, suele pasar.

—Normal, nunca había oído a nadie cantar tan mal. ¿Tú te has escuchado alguna vez?

—No digas tonterías, eres la primera que no aprecia mi voz. Además, Kira siempre dice que lo hago genial.

—Si te dijese lo mal que lo haces no querrías venir nunca a estos sitios conmigo, así que siempre te animo antes de que alguien abra la boca.

—No puede ser. ¿Cómo eres capaz de dejarme hacer el ridículo de esta forma?

Las carcajadas se adueñaron de la sala. Por mucho que quisiese no ser el

centro de ellas no podía contener mi alegría, pues a cada momento que pasaba me sentía más cercano a Sakura.

—No te desanimes, aunque es verdad que cantas fatal el baile no ha estado mal. Otras cosas se te deben dar muy bien con las caderas... —dijo Sakura pensando en voz alta e incrementando mis ilusiones a niveles inhóspitos.

Creo que sólo yo escuché esa última frase, dado que Kira estaba ayudando a Kate a elegir su próxima canción. Ella, al ver mi cara de incredulidad intentó arreglarlo con burdas excusas y le seguí el juego, pero obviamente había entendido a lo que se refería.

Después de la actuación de Kate por fin era el turno de Sakura. Se colocó frente a nosotros y comentó que la siguiente canción era su preferida. Al comenzar la música no pude dar crédito a lo que escuchaba, justamente había elegido una de las canciones que más me representaban y la que más amaba de todas.

—*When you were here before, couldn't look you in the eye. You're just like an angel...*

La letra de *Creep* unida a la tranquilizante y dulce voz de Sakura retumbaban en mis adentros, consiguiendo que me estremeciera y erizando todos los poros de mi piel. En un momento consiguió que se disipase todo a mi alrededor y recordase inquietudes que había olvidado. Sin palabras.

—Increíble. Es lo mejor que he escuchado nunca, si alguna vez quieres dedicarte a la música puedo presentarte a un par de amigos. —exclamó Kira.

—No hace falta, gracias. Soy feliz cuidando de mis animalitos.

—Voy a pedir otra ronda, enseguida vuelvo. —después de aquella representación necesitaba salir a despejarme.

Sakura salió tras de mí, cosa que me hizo algo feliz, pero que no consiguió hacerme olvidar todo de golpe.

—Te has puesto pálido de repente ¿Tan mal he cantado?

—Nada de eso, ha sido increíble. En Australia pude ver en vivo a los cantantes y sinceramente te digo que tu versión ha sido mejor.

—No mientas, si lo dices en serio entonces ¿porque has salido en cuanto he acabado?

—Precisamente por lo bien que lo has hecho, me has hecho reflexionar. En un momento de la canción, se habla de no pertenecer a un lugar y de las inseguridades que se sienten por ello. Llevo un tiempo sintiéndome fuera de lugar en este país...

—Supongo que puede verse así, pero siempre hay que ver el vaso medio lleno. Y como todo, la letra se puede interpretar de otra manera. —dijo mientras me dirigía una dulce mirada llena de inocencia.

—¿Cuál sería esa otra manera?

—Pues yo quiero entenderla como que pese a que todos, por distintas razones, podemos sentirnos fuera de lugar en determinados momentos siempre tenemos que intentar mejorar y dejar atrás esos sentimientos, desear ser mejores en todo lo que hagamos y dónde sea que nos encontremos.

—Supongo que tienes razón... Es inútil tener esos pensamientos que no te dejan disfrutar de lo que tienes delante. —respondí calmado, pensando indudablemente en ella. —Muchas gracias, de verdad. Ahora ya me siento mejor. —le agradecí con una sonrisa sincera.

—No me las des, sin duda me gusta mucho más tu rostro sonriente...— respondió ruborizándose y jugando con su pelo.

Cada acción que realizaba, cada palabra que salía de su boca hacía que cayese más profundamente en sus redes. Poco a poco se iba haciendo más claro en mi mente y en mi corazón que esa chica no era cómo las demás.

—Bueno, nuestros amigos se volverán locos si no les llevamos algo con lo que calmar su sed como les he prometido. Mejor volvemos.

La siguiente hora pasó en un suspiro, la sintonía entre nosotros cuatro era palpable. Era la primera vez en años que me sentía tan a gusto, arropado no solo por Kira sino por otras dos personas. Sobre todo por Sakura, concordábamos en más cosas de las que creía. Teníamos un humor parecido, nos hacíamos reír mutuamente a cada rato. Lo pasaba genial con ella.

Salimos con tiempo del karaoke para poder coger un buen sitio desde donde disfrutar los fuegos, pero conforme nos acercábamos al río la concentración de gente aumentaba exponencialmente. Una vez cerca del puente, el mejor lugar para contemplarlos, una gran marea humana empezó a arreciarnos e instintivamente cogí la menuda mano de Sakura, no estaba a dispuesto a perderla de vista después de haber hecho tanto por encontrarla. Prácticamente nos dejamos llevar, cuándo sentí una presión en la mano que usaba para sostenerla.

—¿Ocurre algo, Sakura? —le pregunté con preocupación al ver su pequeña mueca de dolor.

—No es nada.

—Obviamente te pasa algo. Igual que tú me has animado antes, deja que te ayude ahora yo.

—Entre tanta gente se me está haciendo difícil andar con estas dichosas sandalias de madera y me están comenzando a rozar...

—No tienes por qué aguantarte ese tipo de cosas para ti, ahora nos apartamos del barullo para que te sientes.

—Si hacemos eso perderemos de vista a Kate y Kira, ya se nos han adelantado y es imposible avisarles de que nos paramos.

—No te preocupes por eso ¿Para qué crees que existen los teléfonos?

—No eres el más indicado para hablar de la utilidad de los móviles.

—Ya he perdido la cuenta de los darditos que me has soltado...

Cómo dijimos, nos apartamos un poco al paseo de cerezos que había

paralelo al río. Los árboles tapaban la vista de los fuegos, por lo que no había demasiada gente ahí.

—Ya puedes soltarme la mano... aquí ya puedo andar bien. —dijo sonrojada.

—Es cierto, perdona. —No quería soltarla—¿Por qué no te sientas ahí y me dejas ver tu pie?

Una vez sentada echó su cuerpo para atrás y levantó su pie, dejando entrever la pierna hasta la mitad del muslo, aquella vista encendió mi rostro y aceleró mi pulso. Me agaché y descansé su pie sobre mi rodilla, dirigí de reojo mi mirada hacia ella descubriendo que la vergüenza era mutua. No nos hablamos. Aquella postura podía recordarle a cualquiera que la viese, como la escena en la que el príncipe del cuento calzaba a su bella princesa el zapato de cristal que corroboraría que efectivamente se trataba de su amada.

Saqué una tirita de las que siempre llevaba en mi bolsillo y la coloqué en la zona irritada para aliviarle el roce cuándo de pronto, una fuerte explosión resonó por todo el lugar y una preciosa luz iluminó el rostro de Sakura. Sus ojos reflejaron el colorido destello del artefacto pirotécnico y se llenaron de admiración e ilusión provocada por el espectáculo de color que admiraban.

—Mira Liam, te estás perdiendo una maravillosa vista. —dijo señalando al cielo.

—No me estoy perdiendo nada...—respondí sin quitarle los ojos de encima, echando mano a la cámara para captar el retrato.

—No es justo que sueltes algo tan bonito sin previo aviso...—mencionó tímidamente. —Y no me hagas fotos. —dijo poniendo las manos ante la cámara cuándo se percató de que la estaba apuntando.

—Lo siento, pero en este momento me pareces la mujer más fascinante que he visto en la vida. Mis palabras han salido solas y he cogido la cámara sin pensar, no podía dejar que se me escapase este precioso instante.

—Para por favor... vas a hacer que me ruborice. Seguro que una persona tan atractiva e interesante como tú ha estado con cientos de mujeres más...

—Sí, he estado con muchas mujeres en mi vida—le interrumpí— pero ninguna podía compararse a ti. Siempre he sido de los que controlan la situación y sus sentimientos, sin dejarme llevar por nadie. Sin embargo, contigo desde el primer momento siento como caigo sin frenos. Haces que me comporte como un idiota. Me hipnotiza cada gesto, cada movimiento, cada palabra. Ni yo mismo lo comprendo.

Los estallidos ocurrían a intervalos cada vez más cortos, marcando el clímax final del espectáculo de luces a la vez que el de mi súbita declaración, aquel ambiente tan mágico había destrozado mi última línea de defensa y mis pensamientos más profundos quedaron todos al descubierto.

—...

El final del espectáculo trajo aplausos y vítores, pero el de mi confesión fue más bien un silencio cómplice en el que nuestros ojos entrecerrándose y nuestros labios acortando distancias decían todo lo que quería escuchar.

<< ¡Biiip! ¡Biiip! >>

El sonido del móvil de Sakura interrumpió el momento, deshaciendo el hechizo que nos afectaba y haciéndonos volver a la realidad.

—Dime Kate ¿Qué ocurre?...

Mientras Sakura hablaba con su amiga aproveché para serenarme y procesar todo lo acontecido hasta el momento.

—Al parecer esos dos han acabado al otro lado del río y con toda la gente que hay yéndose, les es imposible venir hasta aquí y Kira ha decidido acompañar a Kate a su casa. Nosotros deberíamos irnos también...

—Con toda la gente que hay es normal, tú tampoco deberías ir sola. Y menos si te duele el pie.

—Oh, no te preocupes, mi casa queda aquí al lado.

—Insisto, no me quedaré tranquilo si no te veo llegar bien a casa.

—Entonces estaré a tu cuidado. —dijo haciendo una pequeña reverencia.

El paseo hasta su casa empezó igual que aquella vez en Kamakura, pero no estaba dispuesto a aceptar que siguiese así, no podía desaprovechar la oportunidad que había creado antes, ni el escenario que formaban los cerezos alumbrados por la tenue luz de los farolillos. Tenía que romper el silencio de alguna forma, por lo que eché mano de la herramienta que me daba la seguridad de la que carecía en ese momento.

—Por última vez hoy ¿podrías dejar que te saque una foto con los cerezos iluminados de fondo? No quisiera irme sin al menos uno de estos preciosos árboles.

—Claro, sin problema. —apunté y capturé la ansiada imagen. -Te gustan mucho los cerezos por lo que veo. —dijo Sakura en un esfuerzo por mantener la conversación.

—Sí, la primera vez que vine a este país fue por estas fechas y me enamoré de la vista que proporcionaban. Todo Japón se ve rodeado de un aura de fantasía cuando están en su punto álgido de florecimiento.

—Por algo son parte del orgullo nacional ¿Sabes lo que representan?

—Nunca me mencionaron que representasen algo. Pero me encantaría descubrirlo.

—El cerezo japonés permanece prácticamente sin hojas todo el año, pero por un periodo de no mucho más de un mes, florece para convertirse en el árbol más bello del mundo sólo para que sus pétalos vuelvan a caer a una velocidad de cinco centímetros por segundo, dejándolo desnudo de nuevo. Por ello, para nosotros representa el valor que la fugacidad de la existencia otorga a la vida. —explicó Sakura, al tiempo que se detenía frente a la puerta de una gigantesca parcela y tocaba el tronco de un precioso cerezo que triplicaba en tamaño todos los que había visto hasta ahora.

—No sabía que tenían un significado tan profundo...

—Bueno, ha llegado la hora de la despedida. Esta es mi casa.

—¿Vives en esta gigantesca casa? Qué afortunada eres pudiendo contemplar este imponente cerezo todos los días. —Sólo deseaba que no se acabase el día, seguir hablando con ella. Conocerla mejor.

—Si... Mi padre la compró antes de que yo naciese porque de joven se enamoró de él una primavera que se perdió volviendo del mismo festival en el que acabamos de estar. De hecho, recibí mi nombre gracias a él.

—¿Cómo que recibiste tu nombre por él? —pregunté intrigado.

—*Sakura* significa literalmente <<*cerezo en flor*>>.

Tras esas palabras todo se hizo claro en mi mente, era cómo si el destino me hubiese guiado a ella. La mujer que había conseguido enamorarme y que me plantease quedarme más tiempo, compartía nombre con el árbol que hizo que decidiese hacer mi vida en este país. Después de aquello tenía claro que no podía dejarla escapar.

—Ahora todo cobra sentido, sólo el *sakura* puede hacer justicia a tu belleza...—le susurré mientras rodeaba suavemente su cintura. Sakura correspondió el gesto abrazando con sus delicados brazos mi cuello. Cerramos al mismo tiempo los ojos y nos fundimos en un intenso y mágico beso.

Capítulo 8

(Sakura)

—Sakura, por favor entra en casa.

Abrí los ojos mientras despegaba mis labios de los de Liam. No podía creerme la escena, demasiados sentimientos entremezclados. Cuando vi a mi padre junto a Taiga fue como si el tiempo se detuviese y todo estuviese en blanco y negro. Esos segundos se convirtieron en horas.

—Buenas noches, me llamo Li...

—Sakura, te lo repito, por favor, entra en casa —interrumpió mi padre sin mirar a Liam ni un solo instante.

Observé a Liam, nunca le había visto así. Su rostro era rígido y frío mientras le sostenía una desafiante mirada a Taiga y mi padre.

—Tranquilo, no pasa nada. Luego hablamos, ¿vale? —dije haciendo mis mayores esfuerzos en crear una sonrisa para calmarle.

—Vale, después te llamo.

Hizo el gesto de volver a besarme para despedirse, pero le aparté ligeramente con los brazos. Enseguida se dio cuenta y asintió con la cabeza a la vez que se daba la vuelta para marcharse.

Me dirigí hacia mi casa con la cabeza bien alta mirando fijamente a mi padre. El momento en el que pasé entre medias de los dos todo mi cuerpo se congeló. En ese instante fui realmente consciente de la situación. Sabía que la tan temida a la vez que deseada discusión que tendría con mi padre al entrar en casa supondría muchos cambios.

—Antes de la charla voy a ducharme y cambiarme. No quiero mantener esta conversación con vosotros en kimono.

No hubo respuesta.

No quise ni esperar a que mi cabellera se secase, me envolví la toalla a la cabeza y salí del baño pensando: *“Sakura, no lo tenías previsto, pero sabías que tarde o temprano esto tenía que suceder. No te acobardes y explícaselo bien claro. ¡Ya está bien de que intenten decidir por ti!”*

—Me gustaría explicar el motivo de mi presencia, ya que te resultará extraño que me encuentre aquí a estas horas, Sakura —dijo Taiga en un tono severo.

—Directamente no creo que haya alguna explicación lógica para que estés aquí y más en este momento.

—¡Sakura! No seas tan insolente, Taiga está invitado por mí y tiene todo el derecho a estar aquí.

—Claro, si tú lo dices, papá. Siempre tienes la razón —contesté irónicamente.

—Cómo iba diciendo, había venido a invitarte a cenar ya que mi propuesta de acompañarte al festival fue rechazada. Pero visto lo visto, tengo poco que hacer aquí, ¿verdad?

—¿Verdad? —Me crucé de brazos para sentirme más protegida—. Nunca has tenido nada que ver realmente conmigo. Sinceramente creo que ha sido algo que os habéis inventado mi padre y tú. Aparte dices lo mucho que te gustaría estar conmigo y todo eso, pero realmente ¿Qué sabes de mí?

—Creo que me infravaloras. Soy un gran neurocirujano y me consta que siendo veterinaria tu salario no es la gran cosa. Siempre me has gustado y para ser educado antes le he pedido el consentimiento a tu padre no he irrumpido por la espalda como aquel tipo.

Sakura tranquilízate, no le des un tortazo a este insolente. Es un simple ignorante. —Pensé para mis adentros para que no me invadiese la rabia que estaba aflorando.

—Te voy a dejar cuatro cosas claras, querido Taiga: para empezar lo

primero que has dicho ha sido, ¡cómo no!, lo “gran neurocirujano” que eres, siempre mirándote primero tu ombligo. Segundo, me importa una mierda cobrar un bajo salario si eso me hace sentir feliz, y viendo lo triste que me parece tu vida aun ganando un pastizal, me reafirmo en mi decisión de ser veterinaria. Tercero, creo que no eres consciente de que actualmente estamos en el siglo XXI, no tienes que pedirle permiso a mi padre para que YO tenga que salir contigo, me lo tienes que pedir a mí y punto. Cuarto, ese al que tu llamas “tipo” en verdad se llama Liam. —Envolví mi cara con las manos mientras resoplaba, no podía creerme que hubiese sacado el valor para expresar ese discurso. Pero si, era real.

Taiga estaba atónito, inmóvil como si de un muñeco sin alma se tratase.

—Gran discurso. Después de todo lo que has dicho no esperes tener otra oportunidad conmigo.

Se estaba levantado para marcharse cuando no pude más. Esa fue la gota que colmó el vaso. Mi paciencia se había terminado y como si del mismísimo diablo se tratase golpeé la mesa con mi puño

—¿Qué he perdido la oportunidad contigo? Tú eres... tú eres... ¡tú eres gilipollas!

—¡Sakura! —respondió mi padre

—No, tú no hables que eres muy culpable de esta situación, si no le hubieses dado bola a este energúmeno esto no estaría pasando. Además, la conversación importante viene ahora entre tú y yo papá. Así que si nos disculpas ¿Podrías marcharte ya idiota?

—Me despido señor Kuro, nos veremos mañana en el trabajo.

El portazo que dio Taiga al marcharse creo una falsa paz. Mi padre y yo evitábamos coincidir las miradas a toda costa. Era un silencio sepulcral, asfixiante y sobre todo doloroso, al final era mi padre la persona a la que tenía que enfrentarme. Una cosa había sido discutir con Taiga el cual no

significaba más que un cero a la izquierda y otra muy distinta mi papá. Sí, le tenía cierto rencor y necesitábamos hablar, quizás esta charla ya llegaba tarde, pero no se podía evitar. Sin duda las cosas habían explotado y no estaba dispuesta a que continuasen igual.

—Papa... ¿Hacemos una pausa para calmarnos y hablamos? —le sugerí mientras sujetaba su ya arrugada mano. Se le notaba dolido y eso me estremecía, pero no conseguía sentirme culpable. Hoy no.

—Sí hija, voy a prepararme una taza de té ¿Quieres una?

—Sí por favor de vai...

—Vainilla y caramelo con un chorrito de sacarina.

Levanté la cabeza para observar con ternura la silueta de mi padre. Posiblemente no me preparaba un té en mínimo diez años, pero se acordaba de cuál era el único que me gustaba. Siempre compraba el mismo, aunque a él no le acabase. Solo lo hacía por mí.

—¿Está bueno?

—Sí papá, pero deberíamos empezar ya.

—De acuerdo. —Respiró hondo—. Sakura, te he criado lo mejor que he podido. Sabes que he estado yo solo en esta ardua tarea y... Y...

—Termina la frase papá. Sé sincero con lo que tengas que decir.

—No entiendo ¿Por qué me haces esto?

Me quedé perpleja, esperaba algo más concreto. Intentaba adivinar por donde iban los tiros. Había tantos frentes abiertos que era imposible vaticinar a cuál de ellos se refería.

—¿Podrías ser un poco más específico?

Él sujetaba la taza con las sus dos temblorosas manos. Suspiró y soltó la bomba.

—Hija, no me puedo explicar porque no haces caso a mis consejos. Nunca te ha faltado nada. ¿Y cómo me lo pagas? ¡Mancillando nuestro

apellido con un tipejo cualquiera! —vociferó mientras se le iban marcando poco a poco todas las venas de su cuello.

—No puedo creérmelo. Si partimos de esa premisa creo que directamente no deberíamos seguir hablando.

—¡Respóndeme!

Ni siquiera me había alterado. Me resultaba tan surrealista, que mi centro nervioso aún no estaba procesando realmente la información.

—A ver, papá, sí, posiblemente me hayas llevado a los mejores colegios de Tokio. También tienes razón en que nunca me ha faltado nada material. Pero ¿Cómo te puedes atrever a decir que estoy ensuciando nuestro apellido? Tengo serias sospechas que no vivimos en la misma época. Es que ni siquiera eres tan mayor como para haber vivido ese tradicionalismo. Hace ya muchas generaciones que los apellidos no significan nada más que una manera para listarnos en el documento de identidad. No estamos en la época feudal y cuando pronuncias nuestro para ti tan prestigioso apellido *Mori* le es irrelevante al mundo.

—Te lo planteo de otra manera. ¿Por qué estabas besándote con ese mamarracho?

—¿Perdona? No entiendo ese valor para prejuizar que es un mamarracho. No sabes nada de él. Hace tiempo que deberías haberte dado cuenta. Puede ser que al no vernos durante días, incluso semanas por estar enclaustrado en tu despacho no hayas notado que tengo veintiocho tacos. Puedo salir con quien me dé la gana. No tengo que pedirte permiso para nada. Y si en un hipotético caso fuese un mamarracho como tú dices, ya me daré la hostia yo solita y aprenderé.

—No te permito ese tono en esta casa Sakura.

—¿Qué tono? Creo que no eres consciente de lo alterado que estás papá, pensaba que la pausa anterior evitaría llegar a estas actitudes, pero erraba.

Siendo médico no creo ni que necesites un tensiómetro para saber qué vas a más revoluciones de las debidas. Cálmate. — Toda la rabia que yo estaba reprimiendo se contradecía con el volcán en erupción que resultaba ser mi padre.

Se quedó callado. Con los puños sobre la mesa. Juraría que ni siquiera parpadeó en minutos.

—Papa, tranquilicémonos. En definitiva, quiero hacerte entender que ya no soy una niña. De hecho, hace años que no lo soy. Puedo tomar mis decisiones sin necesitarte como guía. Tampoco necesito que hagas de juez para dictar sentencia sobre mis actos. Llevo ya un tiempo sopesando la idea de independizar...

No pude acabar la frase. El inicio de esta tediosa palabra resonó en los oídos de mi padre como si de un eco interminable se tratase. Comprendí que no era el momento para ese tema, suficientes problemas teníamos ya. Fui estúpida. Si hubo alguna posibilidad de convencerle con mis argumentos, una simple palabra había destruido todo ese forzoso trabajo.

—¿Independizarte? ¿Con quién? ¿El mindundi ese de la camarita? — preguntó alzándose de la silla.

Sentía miedo, pues sabía que la rabia que me invadía era solo pasajera, pero la frustración y decepción de ver el comportamiento de una de las personas que más quería era mucho más peligroso que un enfado. Quizás imperdonable.

—No sé porque tú te enamoraste de mama, pero no miro como de lleno está el bolsillo de un hombre para abrirle mi corazón. No necesito que nadie me pague las cosas. Mis aspiraciones son más altas que acabar en un matrimonio donde solo nos veamos para las buenas noches como tú hiciste. Y no, obviamente, no me voy a ir a vivir con el de la camarita aún. —Con ese “aun” pude darme cuenta de cómo cambian las cosas en pocas horas. De

estar dándome mi primer beso con Liam a uno de los peores momentos con otra persona a la que amaba de manera distinta.

—Te crees que eres mayor, pero no sabes nada del mundo real. Te dejé hacer veterinaria porque pensé que en mitad de la carrera universitaria te arrepentirías y cambiarías a la facultad de medicina. No lo hiciste aun sabiendo que tendrías un buen puesto en mi hospital. Ahora hablas de independizarte. Se lo que cobras y no esperes tener el nivel de vida actual con esos ingresos.

Sonreí. Intuía que en algún momento aparecería la dichosa elección de veterinaria en vez de medicina. Cada tema nuevo que tocábamos eran rocas cayendo sobre mi espalda. Estaba cansada.

—No podías reprimirte tus ganas de sacar el temita de la medicina. Más metido con calzador imposible. Estamos desvariando. No concordamos en nada y vamos cambiando de conflicto en conflicto sin hablar ninguno. Mira te lo voy a decir claro y créeme porque te soy cien por cien sincera. Aquí no hay trampa ni cartón. Decidí veterinaria porque no me gusta tratar con personas, en cambio con animales me sale de dentro, llámale don o como te dé la gana. Pero te lo expliqué en su momento. Considero que para ser médico tienes que tener vocación y yo ni la tenía ni la tengo. Punto.

—Considero que para tener una buena vida necesitas más de tres ceros en tu nómina mensual. Por el momento estás viviendo bajo mi techo. No eres consciente del frío que hace fuera. Cuando nadie te paga tus caprichos ni tus caras vestimentas.

Miré al techo. Me resultaban injustos esos ataques indiscriminados. Nunca he sido caprichosa ni he necesitado un gran armario. No me di cuenta hasta que tuve una sensación húmeda en mi rodilla del pequeño lagrimeo. En el espejo que se vislumbraba encima de la cómoda vi como mis brillantes ojos habían sucumbido a la presión. No quería verme débil ni que por llorar

me diesen la razón.

—Por favor papá razona por un momento. Abre tu mente. Fíjate en que ya no soy la cría con la que paseabas y que reñías por soltarse de tu mano intentando cazar los pétalos que desprendían los cerezos. Ya no soy esa. Ahora tengo veintiocho años, un trabajo fijo que me llena y sí, conociendo a la persona que yo he elegido. Antes tus ordenes eran absolutas. Tienes que entender que debes cambiar las ordenes por sugerencias. Y si en algún momento no las acato no puedes enfadarte ni disgustarte. Piensa en ti, tú también te hiciste mayor y tuviste que irte del pueblo a la gran ciudad para desarrollar tu vida, yo te estoy pidiendo lo mismo.

—No me compares contigo. Eran tiempos muy distintos. Tú lo que tienes que entender es que aun estas bajo este techo. Con todo el dolor de mi corazón creo que solo estás haciendo estas cosas para joderme. Si fueses objetiva por un momento sabrías que tienes mucho más nivel como para estar trabajando en una reserva dejada de la mano de Dios, haciendo actos impropios en público con un turista que ni siquiera sabe ponerse bien un *yukata*.

Hasta pude escuchar la gota imaginaria impactando en el gran recipiente que significaba mi paciencia. Esta ya no tenía espacio. Se había desbordado por completo. No entre en cólera ni di chillidos de niña loca. Simplemente me levanté.

—¿Dónde vas? No es de buena educación levantarse sin terminar una conversación. —Dijo mi padre con un cierto orgullo que me provocaba repulsión.

—Me la suda la educación. No hay nada que hacer. Al menos hoy. —desenvolví la toalla de mi pelo ya por entonces seco y cogí el neceser con las cosas más básicas de maquillaje. —Papa voy a hacer la maleta, me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿No puedes simplemente aceptar tus errores? —

preguntó realizando diferentes aspavientos que en otra situación me habrían resultado cómicos.

—Sí, acepto los que tú quieras, pero fuera de esta casa.

El portazo que di en mi habitación reflejaba mi estado ánimo. Necesitaba con urgencia soltar toda la tensión y adrenalina acumulada. Hice una lista mental de soluciones mientras me reía de lo absurdas que eran cada una de ellas en este momento: una clase de boxeo, quejarme borracha de las políticas sociales que se estaban llevando a cabo, un footing nocturno con el pelo estropajo que se me había quedado al mantener tanto rato la toalla... Todas eran gilipolleces, solo había una que podía realizar, pero cambiándola un poquitín. Emborracharme con Kate.

Cogí lo imprescindible, incluso menos por la capacidad de mi maleta. Antes de salir e intentar una despedida con mi encolerizado padre sujeté un marco, en él estábamos mi papá y yo en mi décimo cumpleaños. Me llevó al parque de atracciones por sorpresa. Me acuerdo perfectamente, estuve más de dos horas lloriqueando porque me daban miedo todas las atracciones hasta que mi padre me prometió subirnos solo a una y que si no me gustaba nos iríamos del parque. Tras cinco horas, allí seguíamos. Fue él quien tuvo que forzarme a salir, bueno y el segurata.

—Kate ¿Te pillo ocupada? —pregunté dubitativamente.

—Un poco, aunque no creo que me dure mucho. ¿Por? —Escuchaba unos extraños sonidos de fondo entremezclado con unas risitas.

—He discutido con mi padre. Me he ido de casa. ¿Puedo quedarme esta noche a dormir y te cuento tomando unas copas?

—¡No jodas! Cla... ¡Para! Perdona tía, claro vente.

—Gracias.

No entendí esa última frase muy bien. Pero solo quería la confirmación de poder tener una persona con la que poder hacer mis confesiones.

Necesitaba desahogarme.

Capítulo 9

(Sakura)

Toqué a la puerta con cierta inseguridad. Me sabía mal esta irrupción en la vida de Kate. Nos veíamos casi todos los días y muchas veces quedábamos fuera del trabajo. Pero nunca había dormido en su casa. Realmente solo había llegado a conocer unos metros más allá de la entrada.

—¡Ya voy! —gritó mientras se escuchaba la carrera que se estaba pegando por el parqué. Nunca ha sido muy delicada. Supongo que los vecinos no la tendrán en gran estima.

Abrió la puerta semidesnuda. Con una amplia sonrisa y notablemente despeinada. Al darse la vuelta pude apreciar su culo. Me di cuenta de que nunca la había visto en ropa interior. Entendí porque ligaba tanto. Dejando a un lado su personalidad más liberal, el tanga, bueno más bien dos hilos unidos por una goma, con el que me recibió permitía ver al completo sus nalgas. Mucho más voluminosas que las mías y que rebotaban al compás de sus pisadas. Igualmente, no he tenido jamás inseguridades con mi culo. Simplemente lo consideraba diferente. Era más minúsculo y mi vestuario no traía consigo ropa interior tan atrevida, pero su forma respingona siempre se había llevado muchos halagos entre mis exparejas.

Nos sentamos en su sofá. Contemplé que su hogar no tenía grandes parafernalias. Lo justo y necesario. Lo más resaltable eran marcos con fotografías de ella haciendo el llamado “postureo” en playas de Miami. Sin duda se quería mucho a sí misma, rozaba a veces el narcisismo. Pero siempre tenía hueco para mí.

—Va Sakura ánimo, todos hemos tenido discusiones con nuestros padres —dijo mientras se cruzaba de piernas.

—Pues... A ver es que... No sé... —Me fue imposible evitar unos pequeños sollozos.

Me abrazó, dándome ese calor humano que tanto requería. Besó mi frente a la vez que me acariciaba lentamente la mejilla con el dorso de su mano.

—Tranquila, ya ha pasado todo guapa —susurro mirándome fijamente con ternura.

—Gracias de verdad, necesitaba hablar con alguien y que me abrazasen. —Agradecí mientras me secaba las escasas lágrimas.

—Sabes que tienes los que quieras, tontorrón. Y puedes quedarte el tiempo que necesites. —Volvió a abrazarme, pero esta vez más duradero.

En un acto de valor conseguí arrancar mi explicación de lo sucedido. De vez en cuando, según fuese la parte que le iba contando, Kate cambiaba su expresión facial pasando de asombro a frustración, de orgullo a compasión.

—Sakura, te soy sincera al decirte que apenas conozco a tu padre, lo que me dificulta empatizar con la situación un poco. Pero en los dos años que hemos pasado juntas he podido ver como dejabas caer alguna perla sobre él. No era del todo consciente de la realidad por la que estabas pasando. Pero es tu padre, aunque lo veas todo negro ahora y sientas que se te cae el mundo encima, no te preocupes. Hay luz al final del túnel.

—Gracias. También estoy segura de que las palabras que ha soltado mi padre se contradecían con lo que el realmente siente. Aunque sea en el fondo de su corazón.

—Recuerda lo que decimos los veterinarios. El corazón fisiológicamente tiene tres capas: Endocardio, miocardio y pericardio. Si le añadimos más capas ya no es un corazón sino una cebolla. Y cuando intentas quitar esas capas, lloras. Eso es lo que os ha pasado a los dos. Demasiadas cuentas pendientes por hablar teníais y habéis explotado.

Las dos nos miramos después de ese comentario. Empezamos a desarrollar una disimulada sonrisa en la comisura de los labios mientras hacíamos toda la fuerza posible para evitar hundirnos en un océano de carcajadas.

No teníamos tanto control de nuestros cuerpos ninguna de las dos. La frasecita había sido tan ridícula que la agradecí. Pensaba que ya había olvidado como reír.

—Perdonar señoritas, no he podido hacer oídos sordos a vuestro jolgorio y he pensado que era el momento perfecto para mi flamante aparición. — interrumpió Kira mal vestido con una camiseta ancha de tirantes que se la había visto a Kate en contadas ocasiones. Sospechosamente solo dejaba a la vista una de sus manos mientras que la otra la ocultaba detrás de su espalda.

—¿Y esto, Kate? Creo que tienes alguna cosa que contarme al respecto. —respondí ante la sorprendente intromisión de Kira.

—No te creas, poquita cosa la verdad —dijo Kate en un tono malicioso percatándose en el look tan disparatado de Kira —¿No te he dicho que esperases en el cuarto hasta que te avisase? —vociferó negando con la cabeza.

—Si lo he intentado cariño, pero no soy muy hábil con la zurda y no puedo quitármelas. —señaló a la vez que mostraba su muñeca derecha de la que colgaban unas esposas rojas.

Al verlas no pude impedir sonrojarme. Me sentía fuera de lugar. ¿Qué coño podía decir en esta situación que fuese mínimamente lógico? Me mantuve callada. Si yo estaba incomoda, percibí al observar a mi amiga que ella solo deseaba morir en ese instante. Tapaba su rostro con ambas manos mientras un extraño color rojizo se apoderaba de su tez morena.

—No te atrevas a llamarme cariño. Ya he comprobado que no eres el más útil con las manos. Aprende a quitártelas tu solito y así te entretienes.

—No seas tan borde. Hace unos minutos eras mucho más dulce. — contestó formulando una escueta y desafiante mueca que fue poco a poco disipándose al ver la reacción de Kate. —Solo quiero ayudar chicas ¿Sakura quieres que vaya a hablar con tu papi y le pongo en su sitio?

—¡Joder! De verdad no servís para estos temas. Anda vete a la cocina y prepáranos dos mojitos. Está todo lo necesario en la nevera.

—Mira eso sí se me da bien. Ese coctel es mi especialidad. Cuidado que no os provoque un orgasmo al probarlo.

—¡Vete! —gritó Kate levantándose del sofá como si estuviese poseída.

—¡Voy, voy! Qué genio...

Kira desapareció de nuestra vista. Podía notar a mi amiga irritada. Estuvo unos segundos dedicándose por completo a suspirar y soltar aire. En vez de mi amiga parecía una máquina de vapor.

—Ahora entiendo que causaba los ruidos de fondo cuando te he llamado antes.

—Tía dejemos el tema, hoy no soy yo la protagonista.

Tras varios mojitos, quizás más de los que deberíamos. Me notaba como si estuviese flotando en una nube. Era imposible conversar sin que ninguno de los tres estuviésemos soltando alguna parida. Los temas tristes habían sido intercambiados por curiosidades y anécdotas de Liam contadas en boca de Kira, eso suponía disminuir en cierto grado la credibilidad de sus historias. No obstante, este parecía ser el menos afectado por el alcohol.

—Oye ¿Cómo os conocisteis Liam y tú? —balbuceé con notables esfuerzos para no errar.

—Buena pregunta mi querido cerecito en flor. Será una narración algo larga. Todo sucedió una noche sombría de otoño. El frío calaba hasta los mismísimos huesos. Me resguardé en un inhóspito local de copas. Como ya es habitual, al entrar todas se fijaron en mi bella figura cuando...

—¡Va joder! No nos cuentes películas de ficción y relata la verdadera historia, fantasma —interrumpió Kate visiblemente afectada por la bebida.

—¡Joder! Iba a ser mucho más espectacular de esa manera. Voy a tener que domarte fiero —Kate dibujó una mueca de asco que provocó terror en Kira. —Bueno pues como iba diciendo. Salí como la mayoría de los viernes a uno de los pubs de Shinjuku. En ese local tenía cierta fama con las mujeres. Pero ese día no. En la barra había formado un corro de señoritas que escondían lo verdaderamente interesante dentro. Solo dejaban entrever una rubia coronilla. Me acerqué mosqueado, no estoy acostumbrado a no ser el centro de atención. Me abrí paso entre aquellas damas y contemplé con cierta expresión de disgusto la escena. Era un simple gigante rubio con cara de perrito extraviado sin entender ni papá de las insinuaciones que estaba causando su presencia. Sinceramente no las entendía pues a mi parecer y perdóname por esto Sakura, pero no se acerca ni por asomo a mi nivel.

—¡Puf! Por favor ya te gustaría ser la mitad de atractivo que Liam. Y no lo conozco demasiado, pero apostaría a que intelectualmente te sobrepasa también. —añadió Kate tajante.

—Me duele que digas eso habiendo visto mi cuerpo desnudo sin impurezas.

—Sí, sí, es espectacular —comentó de forma irónica — ¡Va pesado prosigue!

Entre mi idea imaginándome a Liam rodeado de exuberantes mujeres con un único fin sexual y el comentario de Kate incitó un sentimiento ligero pero firme de celos. Supuse que en parte eran alimentados por cada trago de mojito que atravesaba mi garganta. Mi vista y juicio empezaban a nublarse. No soy famosa por mi aguante a las bebidas alcohólicas.

—Continuo. Le vi tan perdido que le invité a fumar un cigarrillo fuera. Él no fumaba, pero solo deseaba escapar de ese antro. Mi idea principal era

sacarle e invitarle a marcharse pues limitaba mis probabilidades de éxito. Pero todo cambió cuando se ofreció en un deplorable japonés a invitarme a unas copas como agradecimiento. Fui incapaz de negarme. Hubo un gran intervalo de tiempo que tengo muy borroso en mi mente. No sé cuánto bebimos. Pero lo siguiente que recuerdo era estar los dos sin pantalones por las callejuelas de Tokio dando tumbos y cantando canciones a coro.

—Madre mía, no intuía esa faceta de Liam. Además, en calzoncillos se le marcaría todo —Pensé para mis adentros. Hasta que me di cuenta por las caras estupefactas de mis acompañantes que lo había soltado en voz alta. Como otras veces, me juré a mí misma que jamás volvería a tomar ni una gota más de este brebaje.

—Yo sí que no me esperaba esa faceta tuya Sakura —espetó con maldad.

—¡No era lo que quería decir! Me habéis malinterpretado.

—Ya, ya... Claro que te hemos malinterpretado —interrumpió de nuevo
Kate

—Bueno yo creo que ya está bien por hoy. Además, empiezo a encontrarme mal de tanto mojito y mañana toca volver a la reserva.

—Tienes razón. Te acompaño a tu cuarto que dudo que puedas encontrarlo en tu estado.

—Gracias de verdad a los dos.

Me ayudaron a levantarme y entre los dos me acostaron en la cama. Kate me dio un beso en la mejilla y me dio las buenas noches mientras apagaba la luz. Todo me daba vueltas, pero el cansancio acumulado en mis pies sucumbió en un sueño placentero.

Capítulo 10

(Liam)

Mezclado con un ligero sabor a cereza, percibía en mis labios una sensación de calidez. Los recuerdos de la pasada noche volvieron a mi mente envueltos por un halo de ensueño.

Abrí los ojos y reparé en el techo de mi viejo y pequeño apartamento justo antes del molesto sonido del despertador.

<< *¿Habrá sido todo un sueño?* >> pensé para mí mismo.

Al alcanzar el móvil para detener la dichosa alarma repasé mis nuevos mensajes, reparando en el que le envié a Sakura tras la interrupción del hombre que supuse era su padre y otro que podía ser su hermano. Al parecer me quedé dormido esperando su respuesta, la cual aún no había llegado.

Pese a ello, la euforia se adueñó de mí. Lo acontecido el día anterior no había sido fruto de mi imaginación.

Aquella noticia logró hacerme despertar del todo y afrontar el nuevo día laboral con unas ganas que no sentía desde el día que llegué aquí dispuesto a comerme el mundo.

Desayuné en casa el mejor desayuno que comía en años, como si de un premio a mí mismo se tratase. No me molestó en absoluto el abarrotado metro y saludé a todos en la oficina cuando llegué.

—Buenos días Liam. —me saludó un viejo compañero laboral.

—Muy buenos días para ti también.

—Hoy estas de muy buen humor ¿Te ocurre algo?

—Nada fuera de lo normal, todos deberíamos venir con una sonrisa al trabajo.

—Pues espero que esa sonrisa te dure, el jefe quiere verte en su mesa.

¿Qué querría el jefe de mí? Aquella orden perturbó un poco mi tranquilidad, pero había decidido afrontar cualquier inconveniente de cara. Nada podía ahora mismo romper mi felicidad. Me sentía imparable.

—Buenos días ¿Quería verme?

—Buenos días *Lim*. Espera un momento. —dijo mientras organizaba unos papeles en su mesa.

Furtivamente pude ver aquellas hojas, eran listas con trabajos y nombres de algunos de mis compañeros, acompañadas de una circular de título “Concurso anual de fotografía”.

¿Podría esto significar que me manda llamar por que había decidido presentar algún trabajo mío al certamen? ¿Por fin empezaba a reconocer mi talento?

—No pongas esa cara de sorpresa, sólo te llamaba para felicitarte. No tenía muchas esperanzas en ti—soltó la pulla—pero he de decir que el reportaje de la semana pasada está pasable. Mis superiores me mandaron hacértelo saber.

—Muchas gracias, señor.

El día cada vez iba para mejor, “pasable” era el mayor halago que había dirigido hacia mi trabajo en todo el tiempo que llevaba trabajando para él.

—Bueno, dicho esto ya te puedes ir. Seguro que tienes cosas que hacer.

—¿Eso es todo? ¿No tiene nada más que decirme? —pregunté algo desilusionado.

—Sí, eso es todo ¿Qué esperabas? ¿Un aumento?

—No, es sólo que no he podido evitar fijarme en lo del concurso, y después de felicitarme pensaba que habría decidido presentar algún trabajo mío...

—¿Estás loco? Sólo te felicito porque me mandaron hacerlo, tengo que mantener una buena relación con los empleados. Pero de ahí a mandar uno de

tus mediocres trabajos a un concurso dónde sólo pueden entrar los mejores hay un trecho. Vete de una vez a trabajar.

Me fui de allí completamente enajenado. Si lo no hubiera hecho le habría soltado lo que pensaba de él en ese momento, así que fui directo a revelar las fotografías del día anterior para calmarme. No podía fallar tan pronto a la promesa que había hecho conmigo mismo de mantenerme impasible ante los devenires de la vida.

Estar en el cuarto oscuro siempre era tranquilizador, la mayoría de mis compañeros hoy en día revelan las fotos digitalmente. Pero, pese a que yo también lo hacía así de vez en cuando, la calma que transmitía la oscuridad y la concentración y cuidado que requería esta forma de revelado hacían que el producto final de la fotografía se sintiese más personal.

Al haberlas revelado todas y ponerlas a secar pensé que haría con ellas. Las primeras, las cuáles eran de Kira y del ambiente del festival pretendía usarlas para un futuro reportaje. Las siguientes, ya de todos juntos decidí que se las daría de recuerdo. Pero las dos últimas, las dos de Sakura, eran tan preciosas y reflejaban tan bien lo que sentía por ella que me avergonzaba darle una copia. Estaba pensando en quedármelas de recuerdo únicamente para mí cuando de pronto entró uno de los editores en jefe de la compañía, un hombre importante sólo por debajo del director y bien conocido por su personalidad algo excéntrica.

—Perdón, no sabía que había alguien dentro, espero que no te moleste mi presencia.

—Aquí dentro hay sitio más que de sobra para dos personas, no se preocupe. Es más, ya he terminado.

—Pensaba que ningún joven usaría un método tan antiguo para revelar sus fotografías. —dijo en un tono jocoso.

—La verdad es que soy el único de mis compañeros que sigue usándola.

Puede estar anticuado, pero realmente pienso que es la mejor forma de hacerlo.

—Tienes razón, nunca me ha gustado la facilidad con que se imprime ahora una fotografía. Antes, la dedicación detrás de cada una era sustancialmente mayor, por eso vengo de vez en cuando. La oscuridad y el olor a químicos me recuerda a aquella época y me calma en días difíciles.

Hubo un breve silencio entre los dos, no sabía cómo debía hablar con una persona de su posición pese a que fuese mucho más amigable que mi editor.

—¿Las has hecho tú todas? —preguntó dirigiendo su mirada a las recién reveladas.

—Sí, las tomé ayer en el festival. Pensaba usar algunas para futuros reportajes.

—¿Se las has enseñado ya a tu jefe?

—No, mi jefe no se molestaría en echarles un vistazo por mucho que se lo pidiese. Sólo acepta de mí las fotos que previamente él me pide hacer.

—¿Sólo te permiten hacer reportajes por encargo? ¡Qué desperdicio de talento!

—No le sigo...

—Estoy diciendo que tienes talento, muchacho. En todas ellas puedo ver una parte de ti y de tu forma de ver el mundo. Sobre todo, en la penúltima, es una fotografía que merece ser vista por más gente. ¿Has oído hablar del concurso anual de fotografía?

—Si, en él solo puedes entrar con una recomendación de algún editor con contactos y generalmente los premios se reparten entre unos pocos fotógrafos reconocidos.

—Exacto. Estoy pensando en presentarla. Realmente creo que es hora de que se te valore como es debido. Pero una vez dentro del concurso yo no

podré hacer nada, todo dependerá enteramente de lo que los jueces piensen de tu obra.

—No sé qué decir señor...—dije con ojos vidriosos.

—No tienes que decir nada, agradece a tu suerte por ponerme en tu camino y confía más en ti mismo.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando, tenía que ser una broma. A mí, que vine para huir de mi destino para dedicarme a lo que realmente me gustaba y al que aun así nada le salía bien, no paraban de pasarle cosas increíbles desde ayer.

Después de darle mis datos y la fotografía se despidió amablemente de mí. La felicidad me invadía, quería correr a agradecer a Sakura, o “mi suerte”, como bien había dicho el editor. Pues todo era gracias a ella.

En ese preciso instante vibró mi móvil en el bolsillo. Debía ser la respuesta de Sakura a mi mensaje, no podía ser más oportuno. Al sacarlo y leer el nombre de Kira pensé que efectivamente no podía ser tanta la casualidad.

—*Buenos días campeón. Ayer lo conseguiste ¿eh?*

—*¿A qué te refieres?*

—*Al beso, obviamente. Ya te dije que ir al festival merecería la pena.*

—*No lo entiendo ¿Cómo sabes tú eso?*

—*Pues una cosa llevó a la otra y terminé en casa de Kate, tú ya me entiendes. El caso es que luego vino Sakura por algo de un problema con su padre y se quedó a dormir en su casa.*

¿Cómo había podido pasar eso por alto? Estaba tan absorto en mi propia felicidad que no reparé en el rostro de Sakura al entrar en casa. Obviamente ese hombre era su padre y se le veía visiblemente cabreado. Y seguramente el causante de todo había sido yo mismo.

—*¿Sigue Sakura ahí?*

—Sí, anoche bebió algo más de la cuenta, así que no ha sido capaz de despertarse aún.

—Mándame la ubicación, por favor. Necesito verla.

—Claro, lo que quieras.

—Muchas gracias.

Tras recibir la ubicación pedí el resto del día libre. Nunca había gastado las horas que me debían por miedo a las represalias del jefe, pero en este momento no podía importarme menos. Quería llegar cuanto antes, pero no sin pasar a comprar algo para Sakura.

Capítulo 11

(Sakura)

No reconocía el lugar donde me había despertado. Todo mi cuerpo estaba entumecido y un calor asfixiante acentuaba aún más el cansancio. Tardé media hora en alzarme de la cama después de abrir los ojos. No podía con mi alma. ¿Qué demonios llevaban los cocteles de Kira? Aunque más bien el problema estaba en el número de estos con los que había empinado el codo.

Estar en pie fue una pésima idea. Como si de una lipotimia se tratase a mi cuerpo le faltaban todo tipo de nutrientes y le sobraban todos los tóxicos producidos por el alcohol. Estaba mareada y necesitaba con urgencia litros de agua que incorporar a mi organismo.

—Sí, Sakura, felicidades. Tienes resaca, buen trabajo —me dije a mi misma con sarcasmo y asco.

Una ola de pánico se adueñó de mí cuando miré el despertador que no puse anoche. Eran las doce de la mañana de un lunes. Si, primer día laborable de la semana. Nunca había faltado al curro. Empecé a hiperventilar mientras di el mayor sprint en toda mi vida hacia la puerta del dormitorio de Kate.

—¡Kate! ¡Kate! ¡Despierta joder, nos hemos quedado dormidas! —grité hasta quedarme sin aliento a través de la puerta.

No hubo respuesta. Abrí con tanta fuerza y descuido que pensé que partiría el pomo en dos. Mi sorpresa fue encontrarme una cama vacía y con una nota sobre esta.

“Guapa, me imagino tu cara aterrorizada mientras lees esta nota. Pero tranquila hoy ficharé además por ti. Están en buenas manos Joe y Nessie. Su mama necesita un día de descanso y recuperarse.

PD: He tenido que echar a Kira, no sé a qué se dedica, pero a algo con horarios estipulados seguro que no. Se ha empeñado en hacerte el desayuno, pero yo no me fiaría mucho de que eso sea comestible. Un beso, preciosa

PD de PD: Habla con Liam, estará preocupado.’’

Instintivamente caí desplomada sobre su cama. Arrugando el papel con las manos y posándolo sobre mi cara. El alivio fue inmediato. La respiración volvió a su ritmo habitual. Reparé en el detalle de cómo había llamado a mis dos peludos hijitos por sus respectivos nombres y sonreí agradeciéndole al universo haberme dado la oportunidad de cruzar caminos con Kate.

La ducha fría colaboró en parte a recuperar recuerdos de la noche anterior. Flashbacks iban apareciendo para rellenar las lagunas mentales a modo de puzle encajando sus piezas. Estaba sola y en casa de mi amiga. La ropa del día anterior estaba ya sudada y no quise cogerle nada sin preguntar así que me envolví en una toalla demasiado corta que apenas lograba tapar mis partes íntimas.

Quedé perpleja al observar el desayuno que preparó Kira. Un zumo de naranja exprimido con tanta fuerza que se apreciaba con facilidad algún que otro trozo de piel flotando y unas tostadas de pan carbonizadas en su superficie, pero congeladas por dentro. Me resultó imposible evitar compararlo con los desayunos que preparaba mi padre.

Sí, mi padre. Esa persona que posiblemente jodió uno de los días más bonitos de mi vida y era el culpable de que me encontrase en esta situación. Tenía rencor, pues no habían pasado ni veinticuatro horas y su imagen todavía se me aparecía cada pocos segundos en mi mente a modo de tortura.

Estuve pensativa un rato, rememorando el día anterior. Era como una montaña rusa, primero el festival monótono, subidón al ver a Liam y culminar con un beso y descarrilar con mi padre y Taiga.

Sonó el timbre. Supuse que sería algún repartidor trayendo un paquete

para Kate. Al abrir la puerta supe al momento que sería otro día en un parque de atracciones. Era Liam.

—Buenos días. ¿Puedo pasar y hablamos?

Me mantuve unos segundos callada, su presentación de sopetón me dejó muda.

—Pensaba que sería un mensajero, no tú.

—¿Les abres así vestida a todo el mundo? —preguntó con guasa a la vez que sentía como me desnudaba con la mirada.

Me encontraba tan ausente por la resaca que no fui consciente de mis vestimentas, bueno en verdad una toalla ajustada enrollando mi cuerpo no se puede considerar ropa en ningún lugar del mundo. Pero la vergüenza esa mañana no dio señales de vida, quizás estaba cohibida por el abuso de alcohol ayer o simplemente porque allí estaba él. A escaso metro y medio, el chico que había revuelto mi vida y que tan atractivo estaba con la camisa planchada y unos chinos beis ajustados.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando el extraño color verdoso contenido en una botella de plástico que portaba Liam.

—Ya verás, cuando te lo bebas tú le llamas milagro. Es el recuperator 3000 anti-resacas. —dijo orgulloso sosteniendo la botella con ambas manos y exponiéndola como si estuviese en un spot de publicidad.

—Venga pasa, necesito estar tumbada, todo me da vueltas.

—Antes de nada ¿Se te olvida algo no? —preguntó con la sonrisa de un niño.

—¿El qué?

No me dio tiempo ni a reaccionar. Cuando quise darme cuenta los labios de Liam estaban pegados a los míos. Al no esperármelo tenía los ojos abiertos, instintivamente los cerré y disfruté. Se separó a los pocos segundos y entró en la casa con una confianza desconcertante. Aproveché que estaba de

espaldas para sonreír sin que se diese cuenta.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó sin mirarme.

—Al fondo a tu izquierda.

—Okey, espérame en el sofá.

Tras dos minutos apareció sosteniendo un vaso de cubata en el que desbordaba aquél extraño brebaje verdoso.

—Toma, trágatelo de una. No lo saborees que será peor, simplemente para dentro —sugirió extendiendo su brazo hasta chocar el vaso contra mis labios.

—No esperarás que me tome esta pócima mágica sin preguntar que es. Además, huele muy mal.

—Confía en mí. Con esto en media hora serás capaz hasta de hacer footing.

—Como me empeore te mato.

Esas fueron mis últimas palabras en el mundo. O al menos era lo que pensaba mientras bebía. Jamás podré describir su sabor. Paso a ser la cosa más asquerosa que había probado en mi vida, top uno sin duda de mi lista personal. Era una inaudita fusión de salado, dulce, amargo y ácido. Todo junto con tropezones y una espuma densa que solo acentuaba más y más ese rancio gusto que depositaba sobre mi paladar.

Escupí involuntariamente parte del peculiar batido. Era incapaz de tomármelo todo. Notaba como descendía por mi cuerpo a la vez que iba provocando una sensación de ardor por cada uno de los órganos que atravesaba.

—Tranquila, en unos instantes se habrá pasado. Puedes enjuagarte ya si quieres mientras voy a limpiar el sobrante que has expulsado.

El flúor consiguió mitigar el sabor, aunque fue necesario acabar el medio frasco que quedaba. Prometí que le compraría uno nuevo a Kate ese mismo

día.

—¿Puedes decirme ahora que mierdas llevaba eso? —pregunté indignada.

—Es una fórmula ancestral secreta, ha sido transmitida durante generaciones en mi familia. Lo siento no puedo desvelártela —contestó encogiéndose de hombros.

Mi cara inexpresiva fue suficiente para incitar que prosiguiese con su dichosita receta.

—Vale, no te pongas así. Supongo que hoy no estás de humor. Pues mira, no te asustes por que todo está en su calculada dosis: un cuarto de brócoli, zanahoria, espinacas, unas gotas de limón, otras de tabasco, canónigos, manzana, chocolate puro negro, unas pocas hojas de menta, cacahuetes...

—¡Basta! Me están entrando otra vez arcadas solo con pensar que me he metido eso en mi cuerpo.

—¡Exagerada! Esto te depura el cuerpo entero, en media hora estás nueva.

—Eso espero, ahora solo soy un zombi sacado de cualquier película de terror.

—Pues nunca he visto un zombi igual de guapa.

—Vale, creo que va siendo hora de ir a vestirme de verdad —respondí mientras me levantaba despacio para que no fuese visible ninguna parte íntima al pasar por su lado.

Ya había avanzado lo suficiente como para no tenerlo en mi campo visual cuando una presión que me resultaba familiar se produjo en mi muñeca derecha.

—Ya te dije ayer que tienes demasiada fuerza como para cogerme así —dije ladeándome para mostrarle mi media sonrisa.

Dejó de sujetarme como si mi cuerpo de repente se hubiese convertido en magma. Se lo tomó demasiado a pecho y eso me resultó gracioso. Él era tan grande, pero a la vez tan asustadizo en estos temas.

—Perdona, quería decirte que puedes estar así. Me gusta verte en tu momento menos arreglada por así decirlo y seguir embobado mirándote como si fueses una divinidad.

—Eres muy exagerado, hoy estoy horrible. No me mientas.

Volvió a agarrarme del brazo, pero esta vez más bruscamente. Caí espatarrada sobre sus rodillas, inmóvil. Únicamente podía fijarme en esa mirada azul tan profunda que mantenía en mí, mientras me acariciaba la mejilla. La subida de temperatura en el ambiente era palpable. Mis jadeos incontrolables solo se acallaron cuando comenzó a besarme otra vez. Era una postura incómoda, pero deseaba que se prologara hasta el fin de los tiempos. Cerré las piernas con fuerza intentando sin mucha efectividad que mis partes se pusiesen igual de húmedas que mis labios. Me apartó delicadamente para tumbarse a mi lado. Mientras me besaba comenzó a jugar con una de sus manos por mis muslos. Cada vez el recorrido que hacía era mayor, pasando sus dedos por mis ingles, mientras yo únicamente podía devolverle los besos explorando su boca a base de movimientos cada vez más lentos y sensuales con mi lengua. Se detuvo unos segundos y separó su boca de la mía. Abrí los ojos y le vi observándome con pasión. Yo solo podía jadear a la vez que aumentaban mis pulsaciones, pensaba que el corazón se me iba a salir del pecho. Posó dos de sus dedos sobre mi clítoris. Esto me provocó un gemido y que me temblasen las piernas. Seguimos durante unos segundos más hasta que pude recuperar la cordura.

—Li...Liam...Por favor... Para, hoy no por favor —supliqué entre gemidos que a cada uno se hacía más prologando e intenso.

Separó sus dedos de mi lentamente. En ese momento me di cuenta de

que no quería que parase realmente. Pero a la vez no pretendía hacerlo hoy con él. Era demasiado pronto.

—Perdona, sé que no debería haber empezado. Me lo he dicho a mí mismo de camino aquí, que no debía intentar nada, pero me he dejado llevar —susurro en mi oreja derecha con un tono que seguía siendo sacado de una película erótica.

—Entiéndeme, no quiero que sea hoy la primera vez... Con resaca y movidas mentales sin resolver —dije ladeando mi cabeza para evitar mirarle y así poder disminuir el calentón.

—¿Y si hacemos una cosa? Esta vez te dejo que vayas a vestirme sin sujetarte de por medio y me cuentas las “movidas mentales” de las que hablas.

—Gracias por entenderlo.

Tras cerrar la puerta de la habitación que me había prestado Kate para alojarme me dejé caer al suelo, apoyando mi espalda sobre ésta. Cubrí mi cara con las manos mientras sonreía. Jamás nadie me había hecho sentir lo de hace unos minutos. Que sea tan delicado y hábil con unas manos tan grandes me estremecía e imposibilitaba borrar la sonrisa de mi rostro.

—Cálmate Sakura y vístete —dije en voz baja.

Tuve que deshacer la maleta con tanta prisa que esparcí todo lo que no me servía por la habitación. Esta parecía simular más una escena de robo que un habitáculo donde descansar.

—Sigues estando sexy.

—¿Una camiseta blanca de tirantes básica y unos shorts te siguen pareciendo sexy? No seas tan pelota y deja de reírte.

—Ya vuelve la Sakura borde que conocí en Kamakura —comentó produciendo un gesto un tanto travieso.

Me mordí los labios. No iba a entrar en su jueguito de niño de

preescolar. Aunque las ganas de soltarle alguna burrada se intensificaron.

—Ya paro. Jeje. Simplemente era para alargar este momento y abrir el melón de lo que pasó ayer al despedirme...

—¡Buf! Por dónde empezar... Supongo que iré a lo más sencillo. El chico joven que estaba acompañando a mi padre. Se llama Taiga. Aunque perfectamente se podría llamar prepotencia personificada.

Le expliqué toda la breve, pero conflictiva historia que ocupada Taiga en mi vida. Entre admiración y asombro eran dedicadas todas las palabras de Liam hacia mi persona. Eso me alegró y me dio fuerzas para afrontar la siguiente parte. La más dura.

—Joder con el personaje ese. Menudo pieza. Ya llevo unos cuantos años aquí y había oído habladurías sobre eso de que el padre de la familia busque un pretendiente a su hija. Pero nunca escuché ningún caso real y justo con mi... “Amiga” tenía que producirse —dijo con la cabeza gacha y efectuando un incómodo silencio al referirse a mi como “amiga”.

—Sí, yo siempre me lo he imaginado como el cuento de Blanca Nieves. Despertándose en su casa y preguntándole al espejo ¿Quién es el más guapo? Bueno obviémosle, es tan insignificante que no merece la pena. Aunque me lo imagino topándose con Kate. Ella le baja los humitos en cinco minutos.

—Pagaría por ver eso.

—¿No pensarás que voy a pasar por alto lo de “amiga” no? —pregunté para incomodarle adrede. Era una cuestión extraña. Pero él se había metido en ese follón. Así que podía permitirme observar desde la lejanía su excusa sin yo exponerme.

Empezaron a temblarle un poco las manos. Mientras hacía aspavientos y se secaba el sudor de la frente.

—A ver nos hemos visto pocas veces. Sí ha sido intenso, pero no hay que poner etiquetas a nada para que funcione mejor...

—Entonces lo de antes de vestirme ¿Lo sueles hacer con todas tus amigas? Ya me contó Kira algunas cositas ayer—Sabía que estaba forzando la máquina, pero debía arriesgarme a estirar la cuerda un poco más de la cuenta.

A Liam le dio un espasmo que casi le tira para atrás. Empezó a morderse las uñas. Le estaba metiendo demasiado en la ciénaga que suponía este tema, pero por otra parte me resultaba divertido y me relajaba antes de contarle la batalla con mi papá.

—No te fíes de Kira, exagera las cosas para hacer más interesantes sus narraciones. ¡Ah! Quédate tranquila, obviamente no hago estas cosas con mis amigas. Lo sabías desde un principio así que no sigas pinchándome y cuéntame ya lo de anoche.

Le conté todo lo más detalladamente posible. Me recordó a una de las conferencias que tuve que dar el año pasado, ya que cada cierto tiempo Liam iba interrumpiéndome con la mano levantada para preguntarme alguna aclaración.

—Por una parte, me siento aliviado. Vine esta mañana aquí intentando disimular la preocupación que tenía por haber sido yo quien la hubiese cagado. Pero poco se podía hacer tal como lo pintas. Supongo que debo disculparme por besarte justo en la puerta de tu casa. Mira que había sitios de camino...

—No te sientas culpable. Si no me hubieses besado en ese momento, lo habría hecho yo.

Nos miramos con ternura. Le sujeté su mano derecha con las mías. Después de lo de ayer, me alegraba que estuviese aquí.

—¿Un poco chapado a la antigua tu padre no?

—¿Un poco solo? —pregunté levantando las cejas. —De igual manera creo que he faltado a la verdad describiendo a mi papá. Te he dicho sus cosas

malas, pero también es cierto que me quiere muchísimo. Siempre se preocupa por mi como si fuese lo único en su vida. O sea, lo único que tiene fuera de su despacho. El problema es que cada vez se está convirtiendo más radical en estos asuntos. Sospecho que fue lo que le cambió...

—Una cosa Sakura. No quiero ahondar en más temas teniendo presentes todos estos, pero... ¿Y tu madre? —interrogó dubitativamente y con un cierto nerviosismo notable.

—¿No serías un detective en tu tierra natal? ¿no? Has dado en el clavo de mis sospechas. De mi mama puedo decirte poco. Desapareció cuando yo era muy pequeña. Cada vez tengo menos recuerdos de ella. Tengo presente en mi mente más bien en los lugares que ella estaba. Por ejemplo: un día de picnic bajo los cerezos rememoro a mi padre subiéndome a sus hombros y a su derecha la silueta cada vez más borrosa de mi madre. Tengo la certeza de que nos abandonó. Llevo varios años rondando la posibilidad de que eso mató parte de la personalidad de mi padre. Él no estaba tan centrado en su trabajo, de hecho, criticaba a sus compañeros que dedicaban todo su tiempo a currar. En ese momento tenía más futuro como sindicalista que de director. Fue un palo demasiado duro su marcha. Por último, me consta por investigaciones propias que mi mama pertenecía a una de las familias más ricas de Japón.

—Enlazando todos esos precedentes puedo llegar a entenderlo más. —Liam comenzó a rascarse la barbilla y estaba pensativo. Le faltaba una lupa en su mano para ser la viva imagen de Sherlock Holmes.

—Como conclusión saqué la hipótesis de que mi madre necesitaba una vida más ostentosa y lujosa. Al desaparecer, eso le provocó a mi padre centrarse en su carrera profesional a modo de demostración de que él también podía conseguirlo. Pero no se ha dado cuenta que ha entrado en una vorágine destructiva que se ha atrapado el mismo.

—¿Y no has vuelto a saber nada más de tu madre? ¿Ni él?

—No y ese tema sí que está zanjado. La persona que me crió es mi papá y no necesito saber nada más de ella. De hecho, en casa ninguno de los dos la mencionamos nunca. Es como si fuese el equivalente de Voldemort en Harry Potter.

—Entiendo. Al fin y al cabo, es él quien ha estado a tu lado. No te comas la cabeza más de la cuenta que hoy estás resacosa. Todo se solucionará. Por mi parte te puedo asegurar que voy a parecer el nuero modelo —dijo con entusiasmo mientras hacía una pose similar a la de un superhéroe en modo de victoria.

—¿Nuero? Pon el freno vaquero

Comenzamos los dos a reírnos y soltarnos algún piquito que otro. Enseguida nos apartamos porque ya sabía cómo acababan esos piquitos “inocentes”.

—¿Y ahora que tienes pensado hacer?

—Buscarme un apartamento. Por A o por B ya iba siendo hora de marcharme de casa. Aunque con mi sueldo tampoco opto a muchos.

—Oye yo te ayudo a buscarlo. Por mi barrio que es bastante humilde siempre hay carteles de SE VENDE empapelando muchas de las casas vacías. Si yo puedo pagarme el alquiler de uno de ellos tú también.

Capítulo 12

(Liam)

La semana había pasado extraordinariamente rápida, más que nunca entendía aquello de que cuánto mejor lo pasas más cortos se te hacen los días. Mi vida seguía hacia delante igual que siempre. Iba a trabajar por las mañanas y gastaba mi tiempo por las tardes, la única diferencia obvia eran las compañías. Había pasado los últimos días guiando a Sakura en la nueva aventura de mudarse de casa, puesto que yo ya llevo un par a mis espaldas.

Acababa más cansado de lo usual, pero también me acostaba con una dicha como nunca antes había sentido. Pasar tiempo con ella era genial y sentía como nuestra relación se asentaba y profundizaba a un paso constante.

Dicho eso, también es cierto que de vez en cuando no venía mal tener tiempo para uno mismo.

Aproveché que Sakura no necesitaba ayuda por estar ocupándose de unos asuntos y dediqué el tiempo libre para leer un poco, ponerme al día con mis series y, en definitiva, matar el tiempo hasta que bajase el sol por el horizonte y cayese un poco la temperatura para salir a disfrutar de algo de deporte nocturno.

Muchos hombres se descuidan cuando encuentran pareja, pero yo pensaba que debías mantenerte en óptimas condiciones para la mujer que amas. Aunque también lo hacía porque disfrutaba ver la gran metrópolis en la que me encontraba en una fase totalmente opuesta a la que muestra durante el día, en cuánto cae la noche y los últimos trenes llegan a su destino todas aquellas calles desbordadas de personas se quedan en una completa y tranquilizadora calma. Sólo permanecen las luces de neón y el cielo estrellado. Te sientes minúsculo. Te hace reflexionar.

Tras terminar mi recorrido habitual sin percances volví a mi casa a disfrutar de una ducha bien fría y tirarme rendido en la cama, pero conforme se abrieron las puertas del ascensor vi al lado de mi puerta a Kira, sentado y con los brazos cruzados. Seguramente habría llamado mil veces al móvil para intentar persuadirme de que saliese con él a tomar algo, como siempre. Pero precisamente cómo esperaba que lo hiciese dejé el teléfono cargando en el apartamento. Creía que sería una jugada maestra ¿Quién hubiese pensado que vendría a buscarme? Subestimé lo persistente que podía llegar a ser.

—Deberías aprender que si no te contesto puede ser por mil razones, no tienes que esperarme en casa cada vez que no responda a tus llamadas o mensajes.

—...

—Vamos, no me digas que te has cabreado por eso. —dije acercándome a él desde el ascensor.

—...

—Oye, para con la broma. Si no ibas a hablarme ¿Qué sentido tiene que me esperes como un perrito abandonado? —pregunté zarandeando levemente su hombro.

Ese leve movimiento hizo que su torso en equilibrio apoyado en la pared cayese contra el suelo. Su cara estaba sudorosa y había perdido casi todo su color. Mi cuerpo se estremeció al reparar en sus brazos, los cuales no estaban simplemente entrecruzados, si no ejerciendo presión en uno de ellos para intentar detener una hemorragia que parecía haber drenado ya gran parte de sus fuerzas.

Me abalancé por reflejo a su lado y seguí ejerciendo esa presión que él ya no podía efectuar. La sangre llenaba el frío suelo de mi portal.

—¡Kira! ¡Amigo mío! ¡Resiste! ¡Dime algo! —grité con lágrimas de desesperación escurriéndose por mis mejillas y cayendo sobre sus

ensangrentadas ropas.

—¿Liam? —exhaló con un débil susurro sin abrir sus ojos.

—¡Aquí estoy! No te preocupes por nada, enseguida llamo a una ambulancia. Tu sólo aguanta.

—Ambulancia... no... *yakuza*...

—Ahora no es momento de pensar en eso, necesitas ir a un hospital.

En ese instante sujetó mi brazo con la toda la firmeza que su precario estado le permitía y me miró directamente a los ojos.

—Confío... en ti... amigo...

Nuevamente perdió la consciencia. No sabía qué hacer. Por un lado, llevarlo a un hospital era lo que todo el mundo haría en esta situación, pero por el otro, Kira debía tener sus razones para evitarlo y acudió a mí porque era el único en el que podía confiar. No podía defraudarlo.

Hice de tripas corazón, usé el cinturón de Kira para efectuar un torniquete a la altura de su axila, cargué su pesado cuerpo y lo acosté en mi cama al entrar.

Debía actuar rápido, el torniquete detenía efectivamente la hemorragia, pero mantenerlo mucho tiempo podría hacerle perder el brazo.

Corrí por la casa reuniendo todos los materiales que podían ayudarme a cerrar la herida, pero mi botiquín sólo contenía antisépticos y unas pocas gasas y tiritas. Nada útil. En ese momento recordé uno de los días que pasé ayudando a Sakura a desembalar cajas, ella guardaba materiales quirúrgicos de su trabajo como veterinaria. Cogí el móvil y marqué su número.

—¿No puedes pasar...

—¡No tengo tiempo para explicaciones! Necesito que cojas todo el material de veterinaria que tengas y vengas corriendo a mi casa. —le grité apresurado.

—¿Qué ocurre?

—Lo entenderás cuándo llegues, ahora necesito tu ayuda. ¡Por favor!

—Entiendo, dame diez minutos.

Colgué el teléfono y mientras esperaba a que llegase fui aflojando de forma intermitente

el torniquete para evitar una posible necrosis, además de usar el alcohol y las gasas para limpiar la herida y ver a lo que me enfrentaba.

Los diez minutos pasaron en un suspiro y con la exactitud de un reloj suizo Sakura tocó a la puerta.

—Esto es todo lo que tenía en casa.

—Gracias, cualquier cosa es mejor que lo que tengo por aquí.

La bolsa que trajo contenía unas pequeñas pinzas, fórceps, bisturí, hilo de sutura, antibióticos y agujas. Justo lo que necesitaba.

—¿Me puedes decir que está ocurriendo? ¿Qué es toda esta sangre en la entrada?

—Pasa y lo verás.

—¿Kira? ¿Qué le ha pasado? ¡Deberíamos llevarlo a un hospital!

—No podemos hacer eso. Ayúdame a quitarle la camiseta para curarle bien la herida, enseguida lo entenderás.

Puse recto el torso de Kira y Sakura ayudó a sacarle la parte superior de la ropa. Una vez vio su tatuaje lo entendió todo, sin necesidad de explicación alguna por mi parte.

—Ahora entiendo por qué no quieres llamar a una ambulancia, pero antes que su trabajo va su vida.

—Lo sé, pero él ha confiado en mí. Voy a desinfectarme las manos, tu prepárame agua tibia y seca el sudor de Kira. No dejaré que le pase nada, de verdad.

—...

Con ella aquí para ayudarme me sentía más tranquilo, y con todos los

instrumentos y medicinas que traje consigo me sentía confiado de poder salvar a mi amigo.

Una vez limpia del todo la herida, le inyecté antibióticos para luchar contra posibles infecciones y bajarle la fiebre que sufría.

Introduje mis dedos ya desinfectado y descubrí que me enfrentaba al mejor de los escenarios, la herida había sido causada por un arma de fuego de bajo calibre, la entrada fue limpia y no tocó nervios importantes ni arterias, además gracias a su musculatura ni siquiera llegó al hueso ni lo astilló.

—Vale... pongámonos serios. Necesito extraerle la bala. Por suerte no ha tocado nada importante, pero está muy cerca de la arteria braquial, el nervio mediano y el tendón del bíceps. Si no tengo cuidado, podría perder la movilidad del brazo o si toco la arteria se desangraría antes de que pudiésemos hacer nada. Prepárame las pinzas, el fórceps y el bisturí. Y deja el hilo de sutura cerca, necesitará que le reconstruya una vena mediana.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—Todos tenemos un pasado, cuando acabemos te lo contaré todo. Ahora por favor necesito silencio, tengo que concentrarme.

Abrí un poco más la herida y coloqué los fórceps para poder ver bien todo el entresijo de venas, arterias y nervios que tenía delante, retiramos sangre y apretamos el torniquete para detener completamente el flujo por unos instantes, introduje las pinzas y mis manos empezaron a temblar de miedo, podía literalmente matar a mi mejor amigo o al menos dejarle sin movilidad en su brazo para siempre. Estaba aterrado.

Sakura limpió el sudor de mi frente y tocó mi hombro.

—No tengas miedo, él te ha confiado su vida porque cree en ti más que en nadie. Y yo después de verte así también confío plenamente en ti. Estás consciente de lo que haces y por eso sientes miedo. Pero que sepas las consecuencias y, aun así, estés dispuesto a hacerlo dice mucho de tu

valentía...

Esas palabras disiparon mi miedo y dejé de temblar, extraje la bala sin problemas y cerré la vena que seccionó.

—Hecho...—exhalé con alivio. —Ahora solo falta cerrar la herida y esperar a que despierte. En cuánto quitamos el torniquete su pulso debería volver a la normalidad poco a poco.

—¡Lo has logrado! Ha sido lo más increíble que he visto nunca, has estado genial.

Empecé a tomar el pulso de Kira, pero pese a que todo había transcurrido sin problemas seguía sonando muy débil.

—¡Mierda! —grité.

—¿Qué ocurre?

—No he tenido en cuenta la sangre que ha podido perder de camino aquí, después de todo vamos a tener que llevarlo a un hospital para que le hagan una transfusión. Si tan sólo hubiese llegado antes de irme a correr...

—Ahora no es momento de lamentarse. Lo hecho, hecho está. Si es por sangre, sólo tenemos que darle la nuestra. Después de ver de lo que eres capaz, confío plenamente en ti.

—No sabemos qué grupo sanguíneo tiene Kira, y aunque lo supiésemos podríamos no ser compatibles ninguno de los dos.

—Por eso no hay problema, mi grupo es cero negativo. Soy donante universal.

Por alguna extraña razón comencé a reír, no era una risa nerviosa ni tampoco de alivio. Era de incredulidad.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hace tanta gracia de repente? —preguntó extrañada Sakura.

Seguro pensaba que me había vuelto loco.

—No ocurre nada, es solo que el destino es caprichoso.

—No te sigo.

Mientras hablaba preparé lo necesario para una transfusión directa. Y coloqué las agujas en los brazos de Kira y Sakura unidas por un pequeño tubo de plástico. La sangre viajaría de uno a otro por la diferencia en la presión de cada uno.

—Me refiero a mi vida, antes de conocerte no se reconocía mi trabajo y no había nada que me hiciese quedarme aquí, había decidido irme al terminar la primavera. Cuando cayese el último pétalo de cerezo. Pero desde que te he conocido todo ha comenzado a cambiar, y además he podido salvar a mi mejor amigo gracias a ti. Simplemente parece irreal.

—Pues te puedo asegurar que soy muy real...—susurró a la vez que me besó dulce pero sensualmente. —Ahora que estamos fuera de peligro creo que me debes una explicación.

—No se te escapa nada, eh.

—Nunca, que te sirva de aviso para el futuro.

—¿Futuro? Frena vaquera

—Muy gracioso, pero no desvíes la conversación.

—Te la debía. Pues verás, la verdad es que desde joven mis padres me obligaron a seguir el camino que ellos marcaron para mí. Mi sueño era la fotografía, pero ellos querían que me convirtiese en médico.

—Entiendo cómo te llegaste a sentir. No te lo conté, pero mi padre también quería que abandonase la veterinaria por la medicina.

—Tú al menos te rebelaste. Yo, en cambio, durante años les hice caso y me saqué la carrera de medicina, pensaba que después de eso me dejarían vivir más libremente, pero siguieron igual. Cada vez peor, de hecho. Así que tras el terremoto y posterior tsunami de 2011 vine con la excusa de ayudar y formarme más. Al llegar me enamoré del país y decidí cortar lazos con mi pasado y vivir libremente dedicándome a mi sueño.

—Vaya... Nunca lo hubiese imaginado. Tenemos más cosas en común de las que creía. Aunque yo no tuve tantos problemas como tú.

—Pero bueno, lo pasado está. Ahora solo toca disfrutar del presente.

—¿Eso significa que te quedarás cuando cambiemos de estación?

En ese momento, Kira pronunció unas débiles palabras.

—Agua...

Le acerqué un vaso de agua y le tomé el pulso. Ya normalizado le había vuelto el color a la cara, los sudores habían cesado. Deshice la parafernalia de transfusión improvisada.

—¿Cómo te encuentras campeón?

—Como si me hubiesen disparado. —contestó con una sonrisa.

—No es gracioso, podrías haber muerto.

—Por suerte conocía a un increíble médico. ¿Qué hace Sakura aquí?

—Agradécele a ella también, si no llega a ser por los instrumentos que ha traído y por su sangre, tú no estarías aquí.

—Muchas gracias, de verdad. Después de esto queda claro que no hay mejor persona para estar con Liam...

—No se merecen, sólo estaba ayudando a un amigo.

Nos quedamos en silencio mirando a Kira con cara de preocupación.

—Supongo que estaréis pensando que debería dejar este tipo de trabajo ¿verdad? Pero estáis equivocados, yo no hago cosas peligrosas ni me meto en líos a menudo. Lo de hoy ha sido un terrible accidente, un loco irrumpió en uno de los locales de juego que controlamos e intentó robarnos. No os preocupéis porque vuelva a suceder. De todas formas, agradecería que no le contaseis nada a Kate,

—Si tú lo dices confiaremos en ti. —dijo Sakura sosteniendo mi mano, como para decirme que lo dejase estar. —Y no te preocupes, mis labios están sellados.

—No te preocupes y descansa por ahora, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, amigo.

—Gracias de nuevo...—suspiró mientras se cerraban sus cansados ojos.

—Deberíamos limpiar lo de ahí fuera antes de que llame la policía a tu puerta. —recordó Sakura.

—Cierto, yo me encargo. Puedes irte a descansar, yo me quedaré vigilándolo.

Capítulo 13

(Sakura)

—Sakura no llegas a tiempo. Deja de cepillarte los dientes por tercera vez y ven para que pueda maquillarte.

—¡Estoy depilándome! Espera un momento Kate. Por cinco minutos que me retrase no se va a enfadar.

—El problema es que los cinco minutos pasaron hace ya quince.

Con las prisas me hice un corte en la espinilla. Con toda la mudanza no me había dado tiempo a comprar rasuradoras nuevas y las mías estaban ya algo oxidadas. Uno de los primeros síntomas de independizarse. La nevera y despensa no se rellenaban todos los viernes por arte de magia.

—Por fin has salido. Toma te he seleccionado estos dos modelitos. Tú eliges.

Uno de ellos era un vestido primaveral que me llegaba justo por encima de las rodillas. Con estampados florales y un cinturón ajustándome la cadera. El otro era una blusa rosa mosqueta con los hombros al descubierto y de media manga. Conjuntado con una falda camel con volantes también por encima de la rodilla.

—Me quedo con el segundo.

—Es una falda muy fina cuidado con el color de tanga que escoges.

—Kate... No tengo tangas.

—Bueno... más fácil lo pones, así no te tienes que preocuparte por nada más. Pero un día tenemos que ir de compras. A Liam le gustará —comentó guiñándome un ojo.

—Ya tengo mis conjuntitos sexys. De hecho, uno ya lo vio...

—¡Uuuu! No me habías contado nada de eso. Vamos ¿Qué ya os lo

habéis montado? —preguntó con los ojos abiertos como platos. La curiosidad de Kate con estos asuntos era legendaria.

—¡No! Lo bueno se hace esperar. Venga, maquíllame que llego tarde.

—Ya, ahora te preocupa retrasarte...

—¡Va!

Sacó su estuche, bueno más bien maleta con todos los coloretos, pintalabios, rímel, bases y sombras de ojos. Mientras no llevase la raya de ojos que sabe que no soporto, todo iría bien.

Como si de un maniquí se tratase, Kate empezó a jugar con mi rostro. Doscientos potingues utilizó. Pero bueno al fin y al cabo ella tenía más experiencias en citas que yo. Me deje en sus manos.

—Ya estás, solo te queda lo más importante. ¿De qué color quieres el pintalabios?

—Suelo utilizar uno rojo cereza, ponme ese.

—¡Ais! Y por ese tipo de cosas no triunfas más. Hoy te toca rojo caoba.

—¿Entonces para que preguntas?

—Quería darte la falsa sensación de que tú también tenías voz y voto — dijo entre risitas de maldad.

Me miré al espejo con temor. Kate me había usado como una muñeca. La sorpresa fue el resultado, totalmente inesperado por mi parte. Confiaba demasiado poco en mi amiga. Nunca me había sentido tan guapa. Había usado el colorete de una manera que resaltaban mis pómulos, pero sin llamar demasiado la atención. Lo mejor es que no era una transformación radical. Me identificaba en el reflejo. Mona y refinada era la descripción exacta.

—Gracias Kate. Te quiero —dije abrazando a mi amiga. Necesitaba hacerlo sin que me viese soltar alguna lagrimilla.

—Eres tonta. El te quiero díselo a Liam —susurró en mi oreja a la vez que me correspondía el abrazo.

—Todo lo que has hecho por mí no lo podré olvidar nunca. —Comencé a frotarme los ojos para evitar el gimoteo.

—Sakura me voy a enfadar si se te corre el rímel por llorar. Te aviso. — Pero su cara de alegría no coincidía con su mensaje. — Una cosa, no es nada importante ni mucho menos. Vamos no te pienses cosas que no son, pero ¿Sabes algo de Kira? No contesta mis llamadas...

Recordaba el deseo de Kira de no decirle nada a Kate, hasta que hubiese solucionado un par de asuntos. Los dos intentaban disimular que no se importaban mutuamente. Pero debía respetar a Kira, aunque algo dentro de mí me hacía sentirme culpable. Pero una promesa es una promesa.

—Ni idea ¿Si quieres le pregunto a Liam cuando le vea?

—Da igual no hace falta, ese chico es un bala perdida —comentó con resentimiento.

—¿No te estarás pillando de él?

—Sabes que no me pillo por nadie. Zanjemos el tema que vas a llegar tarde. —Me soltó un besazo en la mejilla y se despidió.

Una hora de retraso fue al final. Tenía cierto temor a que se hubiese marchado. Tenía la ventaja de que yo me conocía todas las callejuelas de Roppongi y había conseguido robar algo de tiempo con mis truquitos. Giré la última de las calles hasta llegar al parque donde habíamos acordado vernos y la cara de satisfacción fue inevitable. Allí estaba él. Absorto en sus pensamientos mirando de vez en cuando el móvil seguramente para cerciorarse de la hora. Aún sentado parecía enorme. Suerte que yo era más bien diminuta, sino nuestras espaldas no habrían cabido en ese banco de madera. Me puse en frete suyo. Liam tenía la cabeza agachada por lo que solo pudo ver mis cuñas que me había puesto para recortarle un par de centímetros.

—¡Buenas! Espero que no lles mucho esperando. Supuse que no te

habías enterado del cambio horario que hicimos ayer. Me lo temía que siendo australiano no leerías la complicada prensa de aquí y no te habrías enterado ni por asomo.

—Sakura... Llevo unos cuantos años aquí ya. Sé que no había ningún cambio de horario —reprochó con una leve y dulce sonrisa.

—¡Mierda! Tenía la esperanza de que colase. Hasta he cambiado la hora de mi móvil para convencerte. —Puse carita de gatito extraviado para intentar darle pena y que se apiadase de mi lamentable mentirijilla.

—Intentar jugármela con lo de ser foráneo no funciona si eres incapaz de sostenerme la mirada mientras me lo dices.

—Te he sos.. —No pude acabar la frase. Más bien no me dejó acabarla. Sus labios ya estaban pegados a los míos y me sostenía cuidadosamente por la cintura. Cada vez controlaba mejor su fuerza bruta.

—Te tengo preparada una sorpresa.

—Recuerda que quiero estrenar el piso con una cena. Llevo preparándola toda la mañana.

—Si tranquila. Solo te voy a secuestrar un rato. Luego pasamos por mi casa y recojo el postre.

—Júrame que no será igual de sabor que el brebaje ese para la resaca.

Cruzó los dedos a modo de promesa como hacen los niños de preescolar.

—¿Cuál es el sitio tan misterioso al que me quieres llevar?

—Cómo te he dicho es una sorpresa y tienes que fiarte de mí.

Se colocó detrás de mi espalda. Me puse algo nerviosa. Su presencia siempre intimidaba y más estando posteriormente a mí. Percaté como sacaba algo de su bolsillo. Por el rabillo del ojo pude ver que era una cinta negra.

—No te asustes cari... ¡Cariño! Joder que cansado estoy de nunca acabar esta palabra. Al tema, no te asustes necesito vendarte los ojos para llevarte al sitio. Cálmate no está a más de dos minutos. Yo te guio.

—Me niego. He visto demasiadas películas de terror como para saber que muchas de ellas empiezan con este tipo de escenas.

Me giré y pude observar como Liam mantenía una postura de impasibilidad mientras se mordía el labio.

—¿En serio? Va date la vuelta.

Me vendó los ojos. Esperaba al menos que lo hiciese de manera algo tosca y poder ver por debajo un poquito. Pero no. Me beso el cuello a la vez que soltó una pequeña carcajada.

El trayecto fue cortísimo. Me guio de manera segura. Tener vendados los ojos me hizo volver al día en que lo conocí. En la reserva cuando sacó su cámara y me daba instrucciones por doquier sin yo tener derecho a réplica. He de confesar que me ponía algo cachonda la situación.

—Ya hemos llegado. —Escuché como se abrían dos puertas automáticas y Liam me empujaba con delicadeza hacia el interior.

—Te voy a demostrar que lo de la reserva con tus pandas rojos fue una excepción. Que no le tengo miedo a los animales. Voy a quitarte la venda.

Me volteó ciento ochenta grados. Puso sus manos sobre el nudo que había realizado anteriormente sobre mi parte trasera de la cabeza.

—Antes de deshacerlo he de reconocer que hoy estás más preciosa que nunca —susurró dándome un beso posteriormente en la comisura.

Al abrir los ojos no pude creerme donde me había traído. Instintivamente me tapé la cara con las manos y me puse a llorar.

—¡Sakura! ¿Estás bien? ¿No te gusta? ¿Eres alérgica a ellos? Perdóname no lo sabía. Lo he hecho con la mejor intención posible.

—No, no. Si estoy llorando de la risa. —Me costaba una barbaridad poder articular palabra.

Liam se quedó escéptico. No entendía nada.

—Liam... —dije entre incontables carcajadas y lágrimas que escapaban a

mi control. —No puede ser verdad que me hayas traído aquí para demostrarme que no les tienes miedo a Joe y Nessie. Cariño... ¡Esto es un *neko* café!

—Si... ¿Qué problema le ves?

—Ósea para situarme. Las bestias a las que quieres enfrentarte para demostrar que no tienes miedo son... ¡Unos gatitos! —Miré su cara incrédula. Entre suspiros con el objetivo de poder parar mi ataque de risa. Ver esos ojos llenos de confianza en su plan para demostrarme que era un “machote” por venir a tomar un café rodeado de regordetes gatitos solo me provocaba que cada vez me gustase más y más. Este era mi valiente gigantón. Un día te sorprendía su calma al extraer una bala del brazo de su mejor amigo, y otro te traía para demostrar que no tenía pánico a los animales con unos simples mininos.

—Deja de reírte. Son felinos y tienen garras. Demasiado confiada es la gente con ellos. Son familiares cercanos a los pumas, tigres...

—Por favor para. De verdad Liam ya. Nos está mirando todo el mundo como hacemos el ridículo. —Hundí mi rostro en su pecho para no fijarme en esa muchedumbre que intercambiaban carcajadas con nosotros como centro de sus conversaciones. También me funcionó para secarme las lágrimas de la risa.

—Pensaba que te haría ilusión probar que no le tengo miedo a los animales —dijo apenado.

—Estas tonto. Me encanta este lugar. Vengo muchas veces a relajarme y además hace la combinación perfecta con mi adicción al café. Vamos adentro.

Liam asintió esbozando una pequeña y tímida sonrisa.

—Me ha gustado mucho que me trajeras aquí —comenté mientras apoyaba mi cabeza en su hombro y le cogía de la mano para invitarle a entrar.

Era una cafetería normal dentro de lo que cabe. Solo tenía la peculiaridad de que te puedes tomar un café mientras las decenas de gatos que viven en el local, pasean por tu alrededor o se acercan para que les acaricies y juegues un rato con ellos. Quizás me conformo con poco, pero es uno de mis pequeños paraísos personales. Todos los gatos son mansos y caseros. Nunca te sacan las uñas y están deseosos de mimitos que por otra parte yo tenía más que de sobra a su disposición. Nos sentamos en una de las mesas más apartadas para que Liam no se sintiese el centro de atención, pues aún nos dirigían alguna que otra mirada furtiva por la escena de comedia anterior. Una de las camareras se nos acercó. La cual iba disfrazada con unas orejas de gato.

—Miau miau ¿Qué desean tomar?

Liam estaba aluciendo con todo el panorama. Mirando a cada uno de los rincones y cerciorándose de no tener aún ningún gatete cerca suyo. Se le notaba fuera de lugar. Se sentía como si estuviese en otro mundo de fantasía y ver a la azafata caracterizada y hablando como un gato le remató. Se quedó en blanco cuando nos preguntaron la comanda.

—Perdónale es su primera vez. Pónganos dos cappuccinos con nata por favor.

La camarera asintió y cuando estaba dándose la vuelta después de apuntar la comanda Liam interrumpió.

—Disculpe. ¿Me puede asegurar que ninguno de ellos es agresivo? —preguntó tembloroso. Se le podía apreciar cada uno de sus músculos rígidos.

Ella tardó unos instantes en responderle. Disimuló una pequeña carcajada cerrando la boca. La gente que viene a los *neko* cafés dan por hecho que saben que son gatos domesticados y dóciles. Nunca ha habido ningún incidente en este tipo de locales.

—Sí señor. Le aseguro de que solo le darán amor. No se preocupe por si alguno se tumba encima suyo a descansar. De verdad que no te harán

absolutamente nada. Están súper acostumbrados a la gente y de hecho disfrutan con los clientes. Eso sí por favor, si ve alguno durmiendo en sus camas le pedimos que no vaya a despertarlo. Normas del establecimiento.

—Tranquila creo que no irá a por ninguno —respondí de forma simpática.

—Enseguida les traigo sus bebidas.

Le acaricié la mano para serenarle. Deseaba quitarle esa inquietud y que disfrutase conmigo del lugar.

—¡Ahhh! —gritó apartando bruscamente la mano que estaba acariciando.

—Idiota. Soy yo. Pensaba que te calmaría.

—No me des esos sustos, aún estoy adaptándome al ambiente.

—Los gatos sienten tu inestabilidad y temor. Así no se nos acercará ninguno.

—Solo dame un respiro. Además, mira la cara de ese pelirrojo. Se está relamiendo. Seguro que tiene pensado devorarnos. Ten cuidado Sakura.

Resoplé incrédula. Llegaba hasta tal punto de ridiculez que pensaba que lo estaba haciendo adrede. Y si ese era el caso, podía afirmar que Liam era un actor digno a los Oscar.

—Liam, solo se está limpiando. Los gatos se lavan con su propia saliva. En serio tranquilízate y obsérvalo fijamente no puedes mentirme. Se sincero y no me digas que no te parece una preciosidad.

Estaba tan exaltado que siguió mis sugerencias al pie de la letra.

Allí estaban un gato de la raza *Devon Rex* y Liam. Mirándose fijamente el uno al otro. Parecían gemelos. Cuando el felino ladeaba la cabeza mi querido acompañante le imitaba. Tenían más en común por desgracia de lo que podía imaginar. Cuando éste olfateaba en dirección al Liam, el otro también le correspondía con un ligero movimiento de nariz. Esto ya me

pareció surrealista y tenía que interrumpirlo. No quería echar por tierra la imagen que tenía de mi australiano.

—¿Has visto como no te hace nada?

—Parece que este me ha comprendido, que quiero mi espacio

—No diría lo mismo del que tienes encima del estante.

Liam levantó su cabeza y pudo comprobar como encima de una baldosa acolchada que tenía la función de dormitorio para uno de ellos, se encontraba un enorme *Maine Coon* sentado sobre sus dos patas delanteras observándole con detenimiento.

Liam echó hacia atrás la silla al verle. Tenso y en posición defensiva. Pero me pareció enternecedor como uno de sus brazos lo utilizaba para cubrirme como forma de barrera.

—Sakura cuidado, no te muevas.

—Liam por favor nos está mirando todo el mundo. Siéntate en la silla.

—Cómo voy a sen...

—Siéntate —interrumpí.

Se sentó sin quitarle la mirada y cada vez hablaba en un tono más bajo con la intención de que aquel hermoso felino no nos escuchase. Por su parte el gato estaba la mar de tranquilo. Incluso creo que comprendía la situación y la estaba disfrutando. Dominando a un gigantón como Liam.

—¿No hay gatos en Australia o que pasa?

—Claro que los hay. Pero este debe ser el rey de la manada. Es enorme. El rey gatuno.

No pude evitar resoplar mientras negaba con la cabeza. Un tío de casi dos metros, acojonado por un dócil *Maine Coon*. Jamás pensé que podría ver esto en mi vida.

—Cariño los gatos no se agrupan en manadas. Sino en colonias. Pero da igual no es el caso tampoco. Este es de una raza grande. Pesará unos diez

kilos, pero aparenta más por su pelaje. Vamos que es una bola de pelo. No te está haciendo nada y al final lo vas a asustar a él de verdad y no lo merece. Cámbiame el sitio, ya verás.

Liam recorrió toda la distancia posible para cambiarse de sitio sin acercarse un ápice a aquella preciosa bestia. Me puse frente al “terrorífico animal” y sin titubear estiré los brazos para agarrarlo. Fue mayor la dificultad por mi pequeña estatura alcanzarlo, que la nula oposición que realizó ante mi acción.

—Sakura no te confíes tanto. Vale que seas veterinaria, pero en serio, no hace falta ir tan sobrada —dijo exaltado sin acercarse ni un centímetro a mí.

Por su parte el *Maine Coon* seguía impasible entre mi regazo. A los pocos segundos comenzó a ronronear debido a los cosquilleos que le realizaba en su prominente lomo. Era como tener a un inmenso bebe peludo entre mis brazos, con la ventaja de que éste no lloraba ni tenía que cambiarle de pañal. Me senté en el antiguo lugar que ocupaba mi aterrizado acompañante y dejé con mimo el gato sobre la mesa.

—Liam antes de que vuelvas a decir algo de “cuidado” o “nos va matar” y cosas así, simplemente mírale. No te va a hacer nada. Se está acercando, pero solo para olisquearte. Eres nuevo para él y es la forma que tienen de identificar e inspeccionar la novedad. Tu solamente no hagas nada y deja que haga lo que quiera. Si sale mal te prometo que podrás pedirme lo que desees y lo haré —comenté guiñándole el ojo. Los dos nos habíamos imaginado alguna proposición sexual.

—Cualquier cosa... —dijo en tono sugerente

—Sí, cualquier cosa...

Después de esa respuesta hubo unos momentos de tensión y silencio en los que los dos deseábamos no estar en esa cafetería sino en una cama. Nuestras mentes se conectaron y formaron a ser una misma por unos

instantes.

Por suerte o por desgracia, el gatito interrumpió nuestra conexión psíquica. Liam rígido como un tronco. Comenzó a olfatear uno de sus antebrazos para después con total confianza posarse sobre sus rodillas. Éste levantó los brazos para tener el menor contacto posible, pero no se apartó.

—Has visto. Te dije que no te iba a hacer ningún daño.

No hubo respuesta... Estaba demasiado concentrado en el pequeño felino como para escucharme.

—No me está atacando. Ha comprendido quien manda de los dos — comentó entusiasmado

—Sinceramente... No sé quién domina a quien.

—¿Pero ahora qué hago?

—No se trata de lo que tienes que hacer. Esto no es una receta. Disfruta de su compañía. Tienes aun el café sin empezar. Un buen paso si quieres hacerlo, como si de instrucciones se tratase, es empezar a tomártelo. —Me sentía como una madre enseñando a mi pequeño hijo como dar sus primeros pasos. Solo que este bebe medía casi dos metros.

—Vale voy a acariciarle. Pero tú estate mirándome. Dime si lo hago mal.

—En serio Liam. No lo hagas con tanta fuerza como cuando me coges de la muñeca, él es incluso más delicado que yo.

Empezó a palparle el lomo como si estuviese haciéndole un examen médico de exploración. Les faltaban tantos sentimientos y emociones a esas caricias. Pero poco a poco, también por lo manso que era este peludo minino comenzó a soltarse. Tocándole la parte del cuello, simulándole con la mano como si cepillase su pelaje del lomo... No sé si el gato quería ayudarle personalmente a superar sus miedos, pero sorprendentemente comenzó a ronronear.

—No me lo puedo creer... Está ronroneando. Eso es que está súper a

gusto. Felicidades grandullón lo has conseguido. —Cuando desprendí mi vista del felino pude observar los ojos medio llorosos de Liam. Para él significaba un gran triunfo algo que para mí era rutinario. Comprendí lo diferentes que éramos, pero a la vez lo mucho que quería seguir a su lado enseñándonos cosas mutuamente.

Me encantó como después de superar sus miedos la cita ya no se centraba en mí. Pasó todo el rato del *neko* café hablándo con el gato y casi contestándome con monosílabos. Y digo que me encantó porque verle tan ensimismado con un animal me hacía más feliz que cualquier conversación con él. Para eso ya tendríamos tiempo en el futuro si lograba mi objetivo de que se quedase en Tokio. Bueno, he de reconocer que algo pesado si se me hizo el trayecto hasta su apartamento para recoger su misterioso y elaborado postre. Los veinte minutos se pasó comentando cosas que había realizado el *Maine Coon* con él. Muchas de ellas comunes pero exageradas por su parte. No iba a ser yo hoy quien se las chafase y le trajese de su mundo de fantasía que había visitado hoy por primera vez.

Lo llevé guiado de la mano hasta el comedor. Me hacía ilusión el efecto sorpresa que esperaba provocarle al ver la preparación de este habitáculo. No era gran cosa, pero una servidora se había ilusionado. Unas velitas por aquí y por allá, un mantel más sofisticado que de costumbre y las copas que solo había estrenado para la inauguración de mi apartamento temporal.

—No me esperaba esta decoración. Te lo has currado mucho más el día de hoy que yo...

—No seas estúpido, no es una competición. Lo bueno es que los dos disfrutamos... Y si te sientes mal luego puedes compensarme —susurré esa última frase en el oído de Liam.

—¿Y si pasamos de la cena?

—No vayas tan rápido... no quiero que te me desmayes a mitad. Voy a

sacarte el menú. Si no te gusta algo disimula, que he estado media mañana preparando la cena de esta noche.

Había preparado una cena algo especial. Todos platos característicos de Japón. Por poco que fuese, aunque sea la gastronomía quería sugerirle indirectamente que tomase ya la decisión de quedarse aquí. Una ensalada de algas con un aliño casero y de plato principal ¿como no?, un buen surtido de diferentes tipos de *sushi* y *makki*. Si con esto no conseguía mostrarle los encantos más profundos de mi tierra a través de su paladar ya me daría por vencida. Todo añadido que pudiese favorecer su decisión era positivo y un halo de esperanza.

—Mmmm no te lo tomes a mal Sakura... Pero no me gusta el pescado crudo. Lo siento, pero no sé, lo veo extraño comerme un pez sin haberlo cocinado antes.

Mi cara de estupefacción y desagrado pensando en las más de tres horas que había dedicado a limpiar y preparar todo aquel manjar fluyo por cada una de mis venas hinchándolas.

—Te había dicho que disimulases si no te gustaba...

—Me es imposible perdona. ¿Quieres que llame y traigan unas pizzas? ¿Te gusta la cuatro quesos? —preguntó seriamente.

—Esto no puede ser verdad —dije llevándome las manos a la cara para ocultar mi frustración. Mi príncipe azul prefería unas pizzas de comida rápida antes que una elaborada comida preparada con todo mi cariño.

Note como me rodeaba la cintura desde detrás suavemente. Comenzó a acariciar mi cabellera delicadamente, como nunca antes, sin desenredarme los nudos ni buscar puntas abiertas que criticar.

—La tonta eres tú. Claro que adoro el sushi. Pero ahora mismo me apetece más otra cosa —susurró a la vez que una de sus manos se adentraba por mi pantalón.

Giré la cabeza despacio. Miré sus ojos que no disimulaban el deseo que en ellos anhelaban en este momento. El hambre había desaparecido y ahora se apoderaba de mí una vorágine de lujuria que necesitaba saciar. Antes de poder pensar mi próxima acción, mis labios estaban fusionados con los suyos. Jadeaba. Esta sensación ya la habíamos vivido los dos, pero esta vez nada iba a detenerla.

Mi cuerpo estaba frente al suyo. Nos observábamos con detenimiento. Esta vez fui yo quien se adelantó y lanzó a sus brazos. Es sorprendente la capacidad que tiene una para besar con los ojos cerrados e ir quitando uno a uno los botones de la camisa de Liam. Su torso era apoteósico. Jugeteaba con mis dedos pasándolos por las hendiduras que hacían cada uno de sus abdominales. Notaba un bulto frotándose contra mi pierna. Algo que no había visto aun de Liam y deseaba ansiosa tener en mi cuerpo, pero a la vez estaba llena de nerviosismo. Comencé a desabrochar los dos botones del pantalón que le quedaban. En esta ocasión, era él quien iba a destiempo en cuanto al ritmo que yo estaba marcando.

—Sakura... —dijo entre inconfundibles gemidos.

—Cállate.

No era una experta, pero cuando lo toqué, supe que le estaba gustando. Apenas podía mirarme y tenía los dientes apretados y la mandíbula en tensión. Sabía que no quería que parase. Ya no estaba solamente yo humedecida. Notaba su erección cada vez más latente y dura. Me pasé la lengua por el labio inferior para humedecerlo antes de empezar a mordisquear sus tensos músculos del pecho. Delicadamente, pero con cierta fuerza.

—Sakura... ¿A dónde vas?

—Tú aún no estas igual de ansioso que yo, debo remediarlo.

Hice maravillas con mi boca. Él tan solo podía agarrarme del pelo y de vez en cuando me frenaba con la palma de sus dos manos mi rostro, a lo que

yo correspondía con una mirada a sus ojos llenos de lujuria. Me temí lo peor así que le advertí.

—Liam, no quiero que esto acabe todavía...

—Pues para, porque no sé cuánto voy a aguantar a este ritmo.

Me levantó de un impulso del que ni siquiera habría podido oponerme con mi escasa fuerza. Me besaba con pasión, demasiada. Mordiendo mis labios, estaba fuera de sí. Sus movimientos eran rápidos pero preciosos, sin duda se notaban sus dotes de cirujano, porque cuando quise darme cuenta me encontraba ya desnuda frente a él. Otra vez la misma sensación jugueteando con sus dedos, introduciéndolos poco a poco. Se detuvo y me tumbó contra el tatami. Me sentía indefensa y a su merced. Frotaba su miembro contra mi clítoris.

No podía aguantarlo más. Lo quería dentro de mí.

—Liam por favor, hazlo ya —exigí.

—No seas tan impaciente.

—Te necesito...

Mi mente no entendía otra cosa en ese momento. Solo deseaba eso. Liam sonrió y obedeció. Me estremecí entera con la primera embestida. Mi espalda se arqueó y era incapaz de separar la vista de los ojos de Liam. Agarré su espalda con mis uñas y me dejé llevar por la sacudida de placer que me atravesó. No sé cuánto duró, mientras los dos nos mecíamos al mismo ritmo antes de dejarnos ir con un gemido de placer, solo sé que fue como tocar el cielo y que, al acabar, Liam siguió abrazado a mi cuerpo, desnudo y besándome en la frente.

—Liam... No puedo más. No tengo fuerzas ya.

—Tranquila, espérame aquí. Con el postre te recuperarás.

—No voy a decirte que no. Algo de azúcar ahora me vendrá bien.

—Cierra los ojos y abre la boca.

—Creo que eso ya me lo has dicho hace unos segundos...

—Tonta, hazme caso.

Obedecí y en mi boca entró una cucharada de pastel. No identificaba los ingredientes, pero estaba buenísimo. Poco a poco fui descubriéndolos hasta que mis sospechas se hicieron realidad... ¡Llevaba nueces!

Capítulo 14

(Liam)

La cita había ido genial ¿Cómo podía cagarla de esta manera?

—Vale, tranquila. ¿Tienes urbason en algún lugar de la casa? —le pregunté más nervioso que ella.

—No, con todo el lío de la mudanza se me olvidó comprar.

—¿Cómo se te puede olvidar algo tan importante?

—¿Qué quieres que haga? Hacía mucho que no me pasaba.

—Vale, vale. Perdóname, estoy nervioso. Voy a llamar a un Uber y que nos lleve al hospital.

Sabía que era una simple reacción alérgica, pero el hecho de que fuese debido a mi pastel y sobre todo, que se tratase de ella, crispaba mis nervios más que enfrentarme a una herida de bala sin la instrumentación adecuada en mi piso.

—Ya está pedido, coge la documentación que necesites y vamos a la calle. Le he explicado la situación al conductor y dice que tarda dos minutos.

—Tranquilo, no es tu culpa. No podías saberlo sin que yo te dijera nada. No me voy a morir por algo como esto.

—Ya lo sé, pero se suponía que esta cita debía ser perfecta.

—Y lo ha sido. —dijo besándome en la frente mientras me ponía los zapatos.

Cuando bajamos a la calle, el conductor ya nos estaba esperando y nos preguntó a qué hospital queríamos ir.

—Al más cercano que haya, y si se sabe algún atajo mejor. —ordené.

El viaje no duró más de diez minutos en los que Sakura parecía completamente bien, solo podía ver un poco de hinchazón en sus carnosos

labios y como de vez en cuando rascaba su antebrazo.

Llegamos al hospital, era inmenso. Tenía unos vastos jardines dónde paseaban médicos y enfermos. En el aparcamiento había numerosos coches de alta gama estacionados y el edificio en sí, estaba construido con una estética de alta sociedad europea. A simple vista se notaba que era un hospital privado dedicado a gente pudiente. En la entrada se podía leer “Hospital privado *Mori*”.

Al ver todo aquello decidí preguntarle a Sakura si nos atenderían o si tendríamos dinero para pagar la consulta, puesto que desde pequeño tuve un cuerpo fuerte, en todos los años que llevaba aquí no había pillado ni un simple resfriado, la verdad, no sabía el funcionamiento de la sanidad en este país.

—No te preocupes por eso, la asistencia básica está asegurada por el gobierno. Aunque es cierto que, si alguna vez tienes algo grave y quieres ser atendido aquí, tendrías que hipotecar toda tu vida. — contestó entre risas— De todas formas, aquí no tendremos ningún problema.

Al entrar por la puerta de urgencias y ver la cantidad de gente que había en la sala de espera inhalé profundamente, pues intuí que pasaríamos allí toda la noche.

Nos dirigimos al mostrador dónde una apacible señora cercana a la jubilación tomó los datos de Sakura y preguntó qué dolencia sufría. Al introducir todo en el ordenador y ver su ficha médica despegó sus ojos del ordenador.

—¡Vaya! —exclamó— Hay que ver cuánto has crecido, normal que no te reconociese con una mirada. Te has convertido en una preciosa mujer, Sakura.

—No es para tanto, señora. Por el contrario, usted se conserva igual que la primera vez que la vi.

—Sigues siendo tan astuta como siempre, sabes que decir para sacarle los colores a esta viejecita. Pasa dentro y en seguida te atenderá el jefe de urgencias.

—No hace falta, podemos esperar. No estoy tan grave.

—No digas tonterías, no podría mirar a tu padre a la cara si te pasase algo por esperar. —remarcó la señora.

—Si usted lo dice aceptaré su ayuda con gusto. Pero hablando de mi padre ¿Podría pasar por alto el decirle que estoy aquí? No quisiera preocuparle —dijo Sakura apuntando hacia mí con la cabeza.

—Entiendo señorita. —declaró dirigiendo su mirada a mi persona y repasando mi cuerpo de pies a cabeza—Sí que es verdad que te has hecho una mujer, y hay cosas en las que los padres no deberían meterse...—apuntó con un tono de complicidad después de comprender el tipo de relación que manteníamos. —Una enfermera la guiará a la consulta.

Nos dirigimos directamente al piso superior dejando atrás las urgencias y entramos en una sala que más que una consulta parecía una habitación de hotel de más de cinco estrellas. La enfermera se despidió educadamente de nosotros y fue a avisar al doctor.

—¿A que ha venido eso de ahí abajo? Sabía que tu padre tenía dinero, pero este trato ha sido como si fueras una celebridad.

—Es verdad, sólo te mencioné que era director, pero no de qué. Lo cierto es que es el director de este hospital, por eso al ver mi nombre me tratan como si fuera la primera ministra. —respondió jocosamente.

El doctor entró en seguida, auscultó a Sakura y revisó ganglios y posibles inflamaciones debidas a la reacción alérgica. Al no ser demasiado grave le administró un fármaco poco potente vía gotero. Por lo que la invitó a descansar al menos una hora, hasta que se terminase.

Debido a las horas que se habían hecho le dije que durmiese un poco y

que yo me encargaría de despertarla al terminar para llevarla a casa. Pero ella prefirió permanecer despierta y conversar conmigo sobre temas de dudoso interés, pero que agradecía por el simple hecho de saber más de ella.

Cuando apenas llevábamos la mitad del tiempo estimado, irrumpió un hombre en la habitación, el mismo que interrumpió nuestro primer beso y causante de la fuga de Sakura de su casa. Su padre.

—¡Sakura! ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? —gritó dirigiéndose a abrazar a su hija.

—Sí, papá. Estoy perfectamente. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó ella alejando a su padre.

—¿De verdad pensabas que iban a ingresar a mi propia hija en mi hospital y no me iba a enterar?

—Pues la verdad, esperaba que no. Quería evitar verte. —sentenció Sakura.

En ese instante pude ver cómo se rompía el corazón de su padre en mil pedazos.

—De eso quería hablar contigo, no coges mis llamadas ni respondes mis mensajes. Si de verdad querías vivir sola, deberíamos haberlo conversado mejor. Y aunque te hubiese dejado, al menos sabría de ti, estaría pendiente y este tipo de cosas no pasarían. —contestó malhumorado refiriéndose a su estancia en el hospital.

—No necesito tu permiso para hacer lo que quiera, y no he contactado contigo para que reflexionases sobre ello. Lo de hoy ha sido un descuido, cualquiera podemos tenerlo. Se cuidarme sola y si pasase algo estoy completamente atendida sin tener que depender de ti.

—¿Lo dices por “este”? —preguntó dirigiéndome una mirada asesina.

La tensión en el ambiente era palpable por lo que no tenía intención de intervenir, pero ese último comentario me irritó.

—No es “es...

—Buenas, no nos habían presentado. El nombre de “este” es Liam, encantado. —interrumpí a Sakura tendiendo una mano a su padre.

—Encantado, soy el Sr. Mori. —contestó estrujándome la mano con fuerza. — Supongo que debería agradecerte por cuidar a mi hija, pero desde ahora me ocupo yo. Tú puedes irte ya, imagino que estarás cansado.

—Oh, no se preocupe señor. Me encuentro perfectamente y su hija prefiere que me quede a hacerle compañía. —dije sin soltar su mano devolviéndole la fuerza del apretón.

—Insisto, tenemos cosas de las que hablar en privado. —aumentó la fuerza.

—Creo haber escuchado que su hija no quiere hablar con usted, señor.

—Te lo estoy pidiendo amablemente, pero puedo hacer que te echen en cualquier momento.

—Inténtelo.

—¡Vale ya! Parad los dos.

—Es culpa suya. —dijo su padre.

—No, es tuya. Deja de comportarte como un crío. Soy yo la que decido quien quiero que esté aquí. Liam es mi pareja y tienes que aceptarlo. — concluyó Sakura.

—¿Tu pareja? ¿Te has vuelto loca?

Por fin Esas palabras me sacaron una sonrisa y a su padre le costaron un disgusto más.

—Sí, mi pareja ¿Qué creías que era?

—No soy tan inocente como para pensar que no tenías ningún “amigo”, pero pareja... yo tenía pensado algo diferente para ti.

—¿Algo como Taiga? ¿Un narcisista prepotente?

—Algo que te dé una seguridad financiera y unas comodidades como las que yo he luchado toda la vida por darte.

—No necesito que ningún hombre me mantenga, ni me dé seguridad financiera ni me colme de lujos, la persona que quiero a mi lado es alguien que me entienda y me complemente. Y Liam hace que sienta cosas que no se pueden comprar con dinero.

Aquel hombre de gran presencia, supongo dada por su posición, se encogió tras esa reprimenda. Cabizbajo y con el puño prieto enmudeció, no sabía que más decirle a su hija y en su rostro se notaba el conflicto interno que estaba teniendo.

—Mire señor. Yo no soy padre, pero entiendo cómo se siente. Aun así, con todo el respeto del mundo. Usted no me conoce. Si me diese una oportunidad entendería que nunca dejaría que su hija pasase penurias y me desviviría por hacerla sonreír.

—...

Sakura se puso sensible tras mis palabras y al ver que su padre no reaccionaba sus ojos se tornaron vidriosos, como aguantando un débil llanto.

—Si no tienes nada que decir vete papá...

La figura abatida de su padre salió por la puerta sin encontrar fuerzas para responder y Sakura soltó por fin ese lagrimeo que se esforzaba por contener cuando su padre miraba.

El resto de la estancia en el hospital lo pasamos sin decir nada, no porque no supiese que decirle sino porque no había absolutamente nada que decir. Sakura había mostrado su resolución frente a su padre y yo me abrí completamente a ellos dos. Nada más podía hacerse que acompañarla hasta el final.

El tratamiento acabó a altas horas de la madrugada, y aunque el médico nos invitó a descansar el resto de la noche en el hospital ella prefirió irse a

casa. Alejarse de aquel sitio y llorar a gusto en un ambiente más personal.

Una vez en el taxi y a punto de llegar a casa el móvil de Sakura vibró.

—¿Quién será a estas horas? —le pregunté.

Sacó el móvil del bolso y al ver el nombre se sorprendió.

—Es mi padre, este hombre no tiene remedio. No pienso ni leerlo, lo voy a borrar directo.

—Después de lo que acaba de pasar imagino que tendrá una buena razón para escribirte. Si no lo lees es posible que lo lamente en un futuro. —le aconsejé con tono serio. —Pese a sus formas se nota lo mucho que te quiere.

—Sólo lo leo para que veas que no va a cambiar de parecer en la vida.

<<Papá: Os debo una disculpa a ti y a tu novio. Me gustaría invitaros a una cena para conocer mejor a Liam. P.D.: Espero que leas esto y puedas perdonarme. Te quiero mucho, hija mía.>>

Capítulo 15

(Sakura)

Ya no sabía qué hacer, llevaba dando vueltas en la cama durante horas. Los nervios me mataban de pensar en la cena del próximo día. Conocía a mi padre y sabía que, aunque nos estuviese dando una oportunidad, cualquier cosa, por pequeña que fuese, podría hacer que volviésemos a la casilla de salida. Tenía miedo de echarlo todo a perder con algún mal comentario o que pese a todo no pudiese llegar a aceptar a Liam.

Además, los días cada vez se volvían más cálidos. Eso me recordaba que la primavera estaba a punto de terminar. Me levanté de la cama para beber un poco de agua, refrescarme y calmar mis nervios.

—¿A dónde vas? —preguntó Liam medio dormido.

Desde aquella vez casi todos los días de la semana terminamos durmiendo el uno en la casa del otro.

—Perdona, no quería despertarte. Sólo voy a por un poco de agua, vuelve a dormirte. —le respondí acariciando su pelo y besando su frente.

—No deberías estar nerviosa por lo de mañana. Haré que nos acepte, aunque sea lo último que haga.

—Claro que si mi héroe. Anda, sigue durmiendo...

Tras beber agua volví a la cama y nada más tumbarme Liam me rodeó con sus fuertes brazos, me apretó contra su pecho y por fin pude encontrarme con Morfeo.

Ese día tuve un sueño, yo era aún pequeña y lloraba en mi cama porque no entendía la marcha repentina de mi madre, pero entonces mi padre aparecía y me cogía en sus brazos, meciéndome y acariciándome hasta que me tranquilizase y me quedase dormida.

Un dulce olor terminó por despertarme, y al abrir los ojos vi a mi imponente australiano y su trabajado torso trayendo una bandeja con tortitas, café y fruta.

—¿Estoy soñando aún? —pregunté frotando mis ojos.

—Nada de eso, todo lo que ves aquí es real y es todo tuyo.

—¿Todo?...

—Todo.

Los dos nos miramos con ojos llenos de lujuria mientras mordía mi labio inferior pensando en lo que los dos sabíamos.

—Ahora en serio ¿He olvidado mi cumpleaños, el día de San Valentín o nuestras bodas de plata? —dije entre risas.

—¿Acaso hace falta que sea un día marcado en el calendario para traerle a mi novia el desayuno a la cama? Contigo cualquier día es especial.

—Eres el mejor...

En el fondo sabía que lo hacía para animarme y darme fuerzas para afrontar la cena. Pero eso no le quitaba lo bonito a su gesto.

Tras el desayuno y mientras Liam tomaba una ducha le cotilleé un poco el armario, en busca de algo formal con lo que sorprender a mi padre aquella noche, pero para mi sorpresa no había en él nada que pudiese ser ligeramente elegante.

—¿¿Cómo es posible que no tengas ni una sola camisa de vestir o unos pantalones que no sean vaqueros?!

—No me han hecho falta nunca, y voy más cómodo con camiseta y vaqueros.

—¡Por Dios! Hay cosas que no pueden faltar en el armario de un hombre, aunque no las uses.

—Si te preocupa que me puedo poner esta noche tengo un polo que puedo lavar y planchar para hoy.

—Eso no es suficiente, hazme caso. Conozco a mi padre. Decidido, vamos a buscarte un traje ahora mismo.

—Imposible, tengo que ultimar una cosa del trabajo y ya voy muy justo.

—Bueno, he explorado tu cuerpo de arriba abajo. Me sé perfectamente tus medidas.

—Lo dejo en tus manos entonces. —dijo dándome un beso y saliendo por la puerta.

Avisé a Kate para que me acompañase y quedamos en la estación de Ginza, la zona de compras por excelencia de todo Japón. Solo comparable con la quinta avenida en Nueva York o los campos elíseos de París.

Al salir de la estación justo en frente estaba ya esperándome Kate y alguien que no esperaba ver en esta situación.

—¿Kira? ¿Qué haces tú aquí?

—Por casualidad me encontraba con Kate en el momento que la llamaste y pensé que os haría falta una opinión masculina.

—Claro, por “casualidad” estabas con Kate de buena mañana... ¿Cómo te encuentras de lo tuyo?

—Sin problemas, ese tema está completamente zanjado. —respondió Kira con una sonrisa tranquila.

—¿Por qué siento que me estáis ocultando algo? —preguntó Kate.

—No es nada de lo que debas preocuparte, sólo me preguntaba por el resfriado que tuve la semana que no cogía tus llamadas.

La cara de Kate me decía que no se creía ni una sola palabra, pero conociéndola lo dejaría pasar.

Nos recorrimos todas y cada una de las tiendas usando a Kira de conejillo de indias y bromeando sobre algunos looks que hacían ver ridículo a Kira, hasta que en una de ellas vi un magnifico traje negro expuesto en un maniquí con las proporciones perfectas de Liam. Me enamoré a primera vista,

igual que de él.

—Tiene que ser éste.

—Pero Sakura, ¿tú has visto el precio? —preguntó Kate.

—No importa, sólo de imaginar a Liam con él hace que me enamore aún más.

Compramos el traje y fuimos a tomar algo aprovechando que se hacía la hora de comer. Hablamos de mil cosas y no pude evitar pensar la suerte que tenía de contar con los dos como amigos.

Nos despedimos y Kate me dio un sorpresivo y caluroso abrazo.

—Verás cómo todo sale bien esta noche, en cuanto tu padre vea lo enamorados que estáis lo comprenderá.

Se me escapó una pequeña lágrima.

—Gracias, seguro que sí.

—Mucha suerte esta noche, cuando todo esté claro quedaremos todos juntos para celebrarlo. —prometió Kira.

—Claro que sí, lo espero con ansias.

De vuelta a casa de Liam pensé en todo lo que había vivido desde que vi a ese extranjero de mirada perdida, lo mucho que había cambiado mi vida un simple encuentro en el tren.

Habíamos quedado temprano en la que fue mi casa hasta unas pocas semanas atrás, por lo que los nervios me hicieron estar lista incluso antes de que Liam llegara de su reunión.

—Qué guapa te has puesto ¡Pareces madura y todo! —dijo Liam mientras se quitaba las zapatillas para entrar.

—¡Qué gracioso! Tenemos que ir vestidos para la ocasión o mi padre nunca entrará en razón. Te he dejado tu modelito sobre la cama.

Se dirigió a la cama tras darme un beso y mostrarme el carísimo vino que había comprado de camino para obsequiar a mi padre. Mientras se vestía yo

me daba los últimos toques de maquillaje en el minúsculo baño de su casa.

Me asomé a ver qué tal le quedaba y mi pulso comenzó a acelerarse, la vista de ese hombre del que había caído completamente enamorada, colocándose la americana mientras observaba su reflejo en el espejo era lo más parecido a estar ante una gran estrella de Hollywood.

—¿Qué miras así? ¿Tan raro estoy?

—¿Bromeas? Estas increíble.

No pudimos evitar derretirnos en un apasionado beso sacado de película. Por culpa de ello llegamos un poco más tarde de lo que tenía pensado a casa de mi padre.

Tocamos al timbre y me invadió una extraña sensación al estar esperando que me abriesen una puerta por la que estuve entrando y saliendo a placer desde que tenía memoria.

Mi padre, hecho un pincel, como siempre, nos saludó cortésmente y nos invitó a pasar.

Nos acompañó al salón y Liam y yo nos sorprendimos al ver la perfecta disposición de la mesa y los lujosos platos que la decoraban.

En ese instante recordé las tostadas chamuscadas que me preparaba todas las mañanas y sonreí al darme cuenta de cuán en serio se estaba tomando este momento, tanto como para pedirle a otra persona que hiciese la cena.

—Ha preparado una magnífica cena señor, no imaginaba que supiese cocinar tan bien. —dijo inocentemente Liam.

No pude evitar soltar una risa silenciosa.

Mi padre salió del paso cómo pudo sin desvelar que él no era capaz de preparar algo parecido.

Nos sentamos en la mesa y Liam sacó la botella de vino que trajo de regalo, cosa que sorprendió gratamente a mi padre. Conversamos de temas triviales durante un buen rato, ambas partes hacíamos un esfuerzo por

mantener una cálida conversación, pero la situación era algo tensa. Todos ahogábamos la tensión entre trago y trago de aquel delicioso vino, lo cual hizo que fuese más fácil relacionarnos.

—¿Qué tal está yendo últimamente en el trabajo, papá? —pregunté tras acabar la última conversación sin sentido.

—Muy bien, hija. Esta semana ha venido un reconocido cirujano de América para mostrarnos nuevas técnicas en...—paró un segundo y miró a Liam—Perdón, no quiero aburrirte con historias sobre medicina que no entendáis. A veces mi trabajo me absorbe.

—No se preocupe si lo dice por mí, tengo formación médica. Y aunque no ejerza siempre es interesante oír que hay nuevos avances en ese campo.

—¿Estudiaste medicina? ¿Pero llegaste a acabar la carrera? —preguntó completamente sorprendido.

—Sí a las dos cosas, pero ejercí durante muy poco tiempo en mi país.

—Si tienes tal formación y llegaste a dedicarte a ello ¿Por qué lo dejaste y viniste a este país? Si no te molesta que te lo pregunte.

—No se preocupe. Lo dejé simple y llanamente porque no me hacía feliz, no era a lo que me veía dedicándome toda una vida.

—Pero entonces ¿a qué te dedicas actualmente?

Cada vez se veía más y más interesado en él.

—Me dedico a la fotografía, mi afición desde niño.

—Dejar la medicina, después de todo el esfuerzo que lleva conseguirlo y venir a otro país a perseguir tu “sueño”, demuestra que eres valiente. Pero también es irresponsable.

—Puede que tenga razón, pero para mí es más irresponsable dedicarte a algo sin dar tu cien por cien.

—La vida no es tan fácil Liam. ¿Acaso has conseguido algo con ese “sueño” tuyo? ¿Crees poder darle un futuro a mi hija viviendo únicamente de

fantasías?

—¡Papá! Ya te dije que eso no impor...

—No importa Sakura. —me interrumpió con una mirada seria y confiada — Tiene razón, puede que la decisión más adulta hubiese sido seguir en una buena posición y no “jugármela”. Pero gracias a esa decisión he podido conocer a una persona tan maravillosa como lo es su hija. Y pese a que ha costado, por fin se empieza a reconocer mi trabajo. No le he dicho nada todavía a nadie, pero hoy he tenido una reunión en la que me han comunicado que conseguido el primer premio de entre novatos y profesionales en un reconocido concurso de fotografía.

—¿Bromeas? ¡Es una fantástica noticia! ¡Me alegro muchísimo por ti!
—exclamé llena de alegría y me apresuré a abrazarlo.

En ese momento reparé en el rostro de mi padre, mucho más relajado que al comienzo de la cena.

—Supongo que debo felicitarte. Siendo sincero, no esperaba que esta cena hiciese que cambiase mi forma de verte. Pero rectificar es de sabios. Se nota que eres un hombre confiable y está claro que no te rindes fácilmente. Y después de ver lo feliz que está mi hija por un triunfo que no es suyo, no puedo más que aceptar vuestra relación.

La felicidad que estaba sintiendo en ese momento no podía ser descrita con palabras, pero pensé en lo afortunada que era por tener un padre que mirase tanto por mí, aunque eso me hubiese dado tantos quebraderos de cabeza, y un novio que no se encogiese ante las adversidades y que fuese capaz incluso de cambiar la forma de pensar de mi padre.

La reunión desde ese punto tomó un rumbo mucho más relajado, dónde los vasos de vino no paraban de vaciarse y las historias de Liam sobre algunos de sus viajes servían de entretenimiento para todos. Mi padre comenzaba a reír y a bromear y extrañamente parecía surgir un poco de

amistad entre ellos. Nunca pensé que podrían llegar a llevarse así de bien.

El tiempo pasó volando y cuando cayó la última copa fue momento de despedirse.

—Hija mía, siento haberte causado tantos problemas estos años. Te has convertido en una mujer maravillosa que no necesita mi tutela. Estoy orgulloso de ti. —dijo abrazándome en la puerta.

—Gracias, papá. Todo es gracias a ti, tú me has convertido en lo que soy hoy. Sin ayuda de nadie, y por eso te estaré eternamente agradecida.

—Ningunas otras palabras podrían hacerme más feliz, fue muy difícil cuando tu madre nos abandonó, pero viéndote ahora no me arrepiento de nada. Te quiero muchísimo, hija.

—Y yo a ti papá.

Ambos soltamos unas lágrimas que unieron nuestros sentimientos.

Al momento de despedirse de Liam éste le tendió la mano, a lo que mi embriagado y sentimental padre le respondió con un abrazo y unas palabras al oído. Lo cual nos sorprendió a los dos.

De camino a casa le pregunté por lo que le había dicho mi padre.

—No es nada importante, era una broma de tu padre.

—Oh, vamos. No me dejes curiosa.

—Bueno... Me ha dicho que si alguna vez te rompo el corazón no habrá mundo suficiente para esconderme de él. —respondió con una risa nerviosa.

—Estaba un poco bebido, no lo diría en serio.

—No estoy yo tan seguro... Pero no hay de qué preocuparse...

Estaba increíblemente contenta, le cogí la mano, me pegué a su brazo y disfrutamos de un agradable paseo hasta casa en aquella tranquila noche.

Capítulo 16

(Liam)

Sabía que era el día más importante de mi vida. Sin duda alguna trascendental en el devenir de mi futuro. Esta vez el problema no era de terceros. Al contrario, lo tenía todo a mi favor. El tema de su padre estaba más que solucionado en una primera instancia y Sakura se había lanzado a mis brazos sin ningún tipo de protección. ¿Cuál era el problema entonces? El problema era yo. Me sentía en un mar embravecido sujetado a una boya y sin vislumbrar tierra más allá del horizonte. Siempre he huido de estas decisiones. Literalmente poniendo tierra de por medio. Demasiados países había visitado ya, esquivando decisiones para no elegir un rumbo real. Pero allí estaba frente a mí, esos ojos oscuros tan intensos que me habían atrapado en el presente sin mirar más lejos. Con esa escueta sonrisa, pero sincera.

—¿Cómo han cambiado las cosas desde que estuvimos por última vez aquí, no? —comentó observando todos los rincones de aquel lugar, donde dejé de mirar el calendario para retrasar este día lo máximo posible.

—Sí... el día que vine a un festival abarrotado de gente con la esperanza de encontrarme con una persona que solo había visto un día.

Sakura enredó sus brazos con el mío a la vez que juntó su diminuto cuerpo con mi hombro derecho y escondió su rostro en él.

—¿Y no te alegras de que tu cámara fotográfica nos juntase ese día? —dijo con un tono tímido y sin poder mirarme a los ojos.

—Nunca podría haber imaginado que una foto tomada con el único objetivo de documentar una fiesta nacional se convirtiese en la guía para llegar hasta ti.

—¿Te imaginas que no hubieses conseguido encontrarme ese día?

—Todo habría sido más sencillo... —Tras escuchar esas palabras, Sakura descubrió su rostro y me miró dulcemente—. Pero habría seguido con un corazón vacío intentando buscar lo que significas para mí en otra parte del mundo.

—El mundo es muy grande. Al final habrías encontrado a otra persona.

—Estoy cansado de caminar solo por el mundo.

—No vas solo, tienes tu cámara.

Torcí mi cabeza hasta tener en mi vista ese rostro tan puro que dibujaba una traviesa sonrisa acompañada de un pestañeo forzado.

—Sakura... —Tomé sus dos manos y nos situamos frente a frente. El momento había llegado, pero me había quedado mudo. Las palabras no salían de mi boca, pese a tener clara mi respuesta.

Sakura lo notó. Soltó delicadamente una de mis enormes manos como si se tratasen de porcelana y me invitó a seguir paseando. Supe que, si no iniciaba yo también el movimiento de seguirla para así obviar este momento y poder despejarme, brotarían de mis ojos unas pequeñas lágrimas. De esas que hacía años no veía mi rostro. Hasta ese punto estaba cambiando por esa mujer que ahora me arrastraba mientras disfrutaba viendo su figura moverse al son de sus pasos.

Se detuvo bruscamente y elevó su vista hasta poder fijarse en las ramas de aquellos cerezos.

—Ya solo quedan los últimos pétalos por caer.

—Eso indica que la primavera ha llegado a su fin.

—No tiene por qué... —susurró agachando la cabeza.

—Sakura, el tiempo no se puede detener. La primavera tiene su fecha fijada para dar comienzo a una nueva estación del año. Es inamovible.

—Quizás de esa manera literal como lo describes tengas razón. ¿Pero qué significa la primavera para ti? —preguntó apoyándose sobre mí.

—Poder haber visto al cerezo más bello que podría haberme imaginado
—respondí mirándole fijamente.

—¿Y si existiese un cerezo que nunca perdiese sus hojas?

—Pasaría toda mi vida junto a él.

Sakura se agachó recogiendo un pequeño puñado de pétalos que yacían sobre el suelo. Comenzó a jugar con ellos y fue tirando uno a uno, hasta que solo le quedó un diminuto pétalo entre sus manos.

—Liam, ¿por qué tienes tanto miedo a tomar una decisión? —susurró sin perder de vista aquel pequeño pétalo.

—Porque jamás me habían puesto en esta tesitura. Más bien pensaba que nunca nadie me importaría tanto.

—Te dije lo que significaba mi nombre, pero no te he dicho porque me lo puso mi padre realmente.

—¿No era por el gran cerezo milenario que tenías en casa? —pregunté extrañado.

—Sí, en parte sí —dijo echándose la mano a la barbilla y sosteniendo el último pétalo con la otra—. Pero me lo puso porque pensaba que era lo más parecido de la familia Mori con ese cerezo.

—No te sigo, Sakura... —expresé dubitativamente.

—Es un juego de palabras. Sakura significa como te dije cerezo y Mori... Mori...

—¿Qué significa Mori?

—Eterno... —En ese momento cayó el último de los pétalos que sostenía. Siempre lo recordaré como si bajase lentamente desde su mano en cámara lenta hasta posarse sobre los demás pétalos que ya esperaban a ser recogidos.

—Cere... Cerezo eterno... Tú eres mi primavera eterna.

Sakura intentó articular palabra, pero instintivamente tapé sus labios con uno de mis dedos. Esta vez me tocaba a mí armarme del valor del que tanto

había huido.

—No digas nada más, Sakura. Esta historia la comenzaste tú hablándome en aquel vagón. En ese momento huí por la situación, hasta que el destino nos volvió a juntar horas después. Pero esta vez me toca a mí finalizarla.

Acaricié esa cintura que tanto deseaba y fundimos nuestros labios en un beso que sería el más sincero de toda mi vida. Nos separamos levemente unos centímetros hasta que nuestras miradas se volvieron a encontrar. Otra vez esos ojos oscuros tan profundos y llenos de emociones compartidas.

—Te quiero, Sakura.

FIN